

LACTANCIO

INSTITUCIONES
DIVINAS

LIBRO VII

SOBRE LA VIDA FELIZ

*Hay que hablar
ahora del premio
que espera a los
que han aceptado
la religión
verdadera*

«Ya está bien; ya han sido puestos los 1
cimientos», como dice el eximio orador ¹.
Pero yo no sólo he puesto los cimientos
firmes y adecuados que sirvieran para le-
vantar el edificio, sino que, con grandes
y robustas paredes, he llegado casi hasta
el techo del edificio ya acabado. Queda lo que es ya 2
mucho más fácil: techarlo y adornarlo, ya que, si no se
hace, todo el trabajo anterior será inútil y estéril. Efec- 3
tivamente, ¿de qué sirve verse libre de las falsas religiones
y conocer la verdadera; de qué ver con claridad la vanidad
de la falsa sabiduría y saber en qué consiste la verdadera;
de qué, insisto, sirve defender la justicia celestial; de qué
mantener, entre grandes dificultades, el culto divino ² —lo
cual es la mayor de las virtudes— si a ello no sigue el

4 premio divino de la felicidad eterna? De esta felicidad hablaré en este libro, para que todo lo anterior no parezca ridículo y estéril, cosa que sucederá si dejo sin aclarar el motivo por el que emprendí esta tarea; y lo hago para que nadie, al no creer en el premio celestial que espera a mis esfuerzos —premio que Dios tiene establecido para el que desprecia los bienes halagüeños de la tierra en aras de la virtud sola y desnuda—, piense que he perdido el tiempo 5 con esos esfuerzos. Completemos con suficiencia esta parte, recurriendo tanto al testimonio de las Sagradas Escrituras como a argumentos lógicos, para que quede igualmente claro que debemos anteponer el futuro al presente, lo divino a lo terreno, y lo eterno a lo perecedero, puesto que lo perecedero es el premio de los vicios y lo eterno el de 6 las virtudes. Expondré, pues, qué significa el mundo, para que se pueda entender fácilmente cuándo y por qué lo hizo Dios, cosa que Platón, que habló de la creación del mundo, no pudo saber ni explicar: y es que Platón desconocía el misterio celestial, misterio que es conocido sólo por los profetas, y ello bajo el magisterio divino; de ahí que dijera que «había sido creado para siempre»³, cosa que en absoluto es así, porque todo lo que es de materia sólida y pesada, de la misma forma que tuvo comienzo en algún momento, así también tendrá necesariamente fin. 7 Por otro lado, Aristóteles, quien al no comprender cómo iba a poder desaparecer la grandeza de este mundo y queriendo eludir este fatal final dijo que «el mundo había existido desde siempre y existiría para siempre»⁴, en absoluto comprendió nada, ya que todo lo que existe debió tener necesariamente en algún momento principio y que nada

puede existir si no ha tenido un comienzo. Ahora bien, puesto que nosotros mismos vemos que desaparecen, se consumen y extinguen la tierra, el agua y el fuego, elementos que son ciertamente parte del mundo, hay que entender que es mortal todo el conjunto cuyos miembros son mortales; en conclusión, todo aquello que puede morir tiene nacimiento. Igualmente, todo lo que es visible es necesariamente, como dice Platón⁵, corporal y soluble. Fue, 10 pues, Epicuro, según palabras de Demócrito, el único que acertó en este tema, ya que dijo que el mundo surgió en un momento y desaparecerá en otro⁶; pero no pudo, sin embargo, dar ninguna razón ni decir por qué causas o en qué momento se disolverá esta obra. Nosotros, puesto 11 que Dios nos lo reveló y hemos llegado al conocimiento de ello no por conjeturas, sino por inspiración celestial, lo mostraremos puntualmente, para que quede al fin claro para los buscadores de la verdad que los filósofos no la vieron ni comprendieron, sino que la olieron tan ligeramente que en absoluto se enteraron de dónde les venía ese olor a sabiduría tan suave y tan agradable. Entre tanto 12 considero de necesidad advertir a mis futuros lectores de que esto que yo enseñé no lo entenderán en absoluto las mentes depravadas y pecaminosas —y es que su agudeza mental está embotada por los placeres terrenales que pesan sobre todos los sentidos y los debilitan—, o, aunque lo entiendan, lo disimularán y querrán que eso no sea cierto; y ello porque son arrastrados por los vicios y se entregan conscientes a sus pecados, cuyo atractivo les arrastra, abandonando el camino de la virtud, cuya dureza les molesta. Y es que, como arden en la codicia y en una especie de 13

sed insaciable de riquezas y no pueden entregar su vida a un culto sencillo vendiendo o desprendiéndose ⁷ de las cosas que aman, prefieren sin duda que eso a lo que se ven obligados a renunciar a cambio de los placeres sea ¹⁴ falso. Igualmente, aquellos que arrastrados por los estímulos de los placeres, «caen», como dice el poeta, «en la locura y la pasión» ⁸, afirman que lo que nosotros enseñamos no es digno de crédito: y es que sus oídos son heridos por los preceptos de la continencia, preceptos que los alejan de sus placeres, a los que han entregado su alma ¹⁵ y su cuerpo. Y, por último, aquellos que, sopladados por la ambición o inflamados por el deseo de poder, dedicaron todo su afán a la consecución de honores, no prestarán crédito, ni aunque traigamos al propio sol en nuestras manos, a la doctrina que les ordena que, tras despreciar el poder y la gloria, vivan humildes, y hasta tal punto humildes que estén en condiciones de aceptar las injurias y de ¹⁶ no desear devolverlas, una vez recibidas. Éstos son los hombres que con los ojos cerrados ladran de cualquier forma contra la verdad. Sin embargo, los que están sanos, es decir, los que no están sumergidos en el vicio hasta tal punto que sean irrecuperables, creerán en estas cosas, accederán de buen grado a ellas y les parecerá que lo que nosotros les decimos es claro, diáfano, sencillo y, lo que ¹⁷ es mucho más necesario, verdadero e irrefutable: nadie defiende la virtud si no puede practicarla, y practicarla no está fácilmente al alcance de todos: pueden hacerlo aquellos a los que la pobreza y escasez han puesto a prueba

y han convertido en capaces de ser virtuosos. Efectivamente, si la virtud consiste en aguantar los males, no conocen la virtud quienes vivieron siempre entre bienes, ya que ni han probado los males, ni pueden aguantarlos al estar acostumbrados y deseosos de los bienes, que es lo único que conocen. Por ello sucede que los pobres y ¹⁹ humildes, que están libres de carga, creen en Dios con más facilidad que los ricos, que están enredados en múltiples impedimentos; es más, encadenados y engrillados, sirven a la voluntad del señor placer que les enreda en inextricables lazos, y no pueden mirar al cielo, porque su mente está mirando a la tierra y clavada en el suelo. El camino ²⁰ de la virtud no llega a quienes llevan grandes cargas; el paso por el que el bien conduce al hombre al cielo es muy estrecho y no puede ser atravesado sino por quien va expedito y libre. Y es que esos ricos, cargados con muchas ²¹ y enormes alforjas, marchan por el camino de la muerte, camino que es muy ancho, ya que en él domina a sus anchas la perdición; para éstos son amargos y son veneno ²² los preceptos que Dios da en orden al bien y las enseñanzas que nosotros transmitimos sobre la virtud y la verdad por magisterio divino; y si se atreven a rechazar estos preceptos y enseñanzas, necesariamente tendrán que confesarse enemigos de la virtud y del bien.

Emprenderé ahora la parte que falta para poder poner ²³ fin a la obra; y lo que falta es hablar del juicio divino: este juicio tendrá lugar cuando nuestro Señor vuelva a la tierra para dar a cada uno premio o castigo, según sus méritos. Así pues, de la misma forma que en el libro cuarto ²⁴ hablé de su primera venida ⁹, así en éste hablaré de la segunda, venida que también los judíos reconocen y espe-

ran, aunque en vano, ya que vendrá necesariamente para dar consuelo a aquellos a los que convocó en su primera venida. Y es que, quienes impiamente le atormentaron en su humildad, probarán el poder de su victoria y sufrirán, siendo ahora Dios el que devuelve la moneda, lo que leen y no comprenden ¹⁰: efectivamente, embadurnados con todo tipo de pecados y manchados además de sangre divina, serán enviados al suplicio eterno por aquel mismo en quien pusieron sus nefandas manos.

26 Pero mi polémica contra los judíos será materia de una obra distinta en la que rechazaré sus errores y crímenes.

2 Enseñemos ahora a los que desconocen la verdad. Por disposición divina está establecido que este mundo pecador acabe una vez que se haya cumplido su espacio temporal y que, desaparecida radicalmente toda maldad y llamadas las almas de los buenos a la vida bienaventurada, florezca, bajo el reinado del propio Dios, una

*Tras el final
del mundo
vendrá
la eternidad,
cosa que no
comprendieron
los filósofos
paganos*

época benévola, tranquila, pacífica y, en fin, como dicen los poetas, dorada ¹¹. En un primer momento, la causa de todos los errores de los filósofos fue ésta: que no comprendieron la razón de ser del mundo, razón que contiene

toda la sabiduría. Pero esta razón no puede ser comprendida desde su propio sentido ni desde su significado interno: y esto es lo que pretendieron hacer ellos por sí mismos sin la ayuda de ningún maestro. De ahí que cayeran en opiniones variadas y con frecuencia contradictorias, de las cuales no podían escapar, y que se vieran embarazados en el propio barro, como dice el autor de comedias ¹², es decir, sin que encontrarán argumentos para sus hipótesis, aunque esas hipótesis fueran ciertas, pero que no podían ratificar y demostrar al no poseer la ciencia de la verdad y de las cosas celestiales: y esta ciencia, como ya he dicho muchas veces, no puede ser comprendida por el hombre si no es con la ayuda del magisterio divino. Y es que, ⁴ si el hombre puede entender lo divino, podrá también practicarlo, ya que entender es casi cumplir al pie de la letra. Pero el hombre no puede hacer las cosas que hace Dios, porque está revestido de un cuerpo mortal; y consiguientemente, no puede comprender las acciones divinas; en cuanto a que esto es posible, es fácil que todo el mundo lo deduzca a partir de la grandeza de las cosas y de las obras divinas. Efectivamente, contempla, por favor, el mundo ⁵ con todas las cosas que hay en él; entenderás inmediatamente cuán por encima de las obras humanas está la obra divina; y la misma diferencia que hay entre las obras divinas y humanas hay también entre la sabiduría de Dios y la del hombre. En efecto, dado que Dios es incorrupto, ⁶ inmortal y consiguientemente perfecto, puesto que es eterno, también su sabiduría, de la misma forma que él, es perfecta, y nada puede ser para él un obstáculo, puesto que el propio Dios no está sometido a nada. El hombre, ⁷ sin embargo, puesto que está sometido a la pasión, tiene

también su sabiduría sometida al error, y de la misma forma que hay muchas cosas que obstaculizan la vida del hombre para que no pueda ser eterna, así también su sabiduría tiene que verse obstaculizada por muchas cosas, para que no pueda ser perfecta en la comprensión total de la verdad. Así pues, no hay ninguna sabiduría humana si el hombre intenta llegar al conocimiento y a la ciencia de la verdad por sí solo, ya que la inteligencia humana, atada a un cuerpo frágil y cerrada en una cárcel tenebrosa, no puede vagar con libertad ni ver con claridad la verdad, cuyo conocimiento es propio de la condición divina. Sólo Dios conoce, pues, sus obras; el hombre, sin embargo, puede alcanzar la verdad, no con sus pensamientos y análisis, sino aprendiéndola y escuchándola de aquel que es el único que puede conocerla y enseñarla. Por ello, Marco Tulio, al traducir de Platón la frase de Sócrates en la que éste decía que había llegado el momento de salir de esta vida, mientras que los que le oían seguían viviendo, dijo: «Los dioses inmortales saben cuál de las dos cosas es mejor, pero pienso que ningún hombre lo sabe»¹³.

Así pues, todas las sectas filosóficas tienen necesariamente que estar muy alejadas de la verdad, porque fueron los hombres quienes las fundaron, y no pueden tener ninguna base ni firmeza, ya que no están apuntaladas en ninguna revelación divina.

Y, a propósito de los errores de los filósofos, a los que estamos aludiendo: los estoicos dividen la naturaleza en dos partes, una que actúa y otra que es susceptible de ser tratada; en la primera dicen que se encuentra la capacidad de sentir y en la se-

gunda la materia, y que una sin otra no puede nada. Pero ¿cómo puede la misma cosa ser agente y paciente? Si alguien dice que es lo mismo el vaso que la arcilla o que la arcilla es lo mismo que el vaso, ¿no nos parecerá abiertamente que está loco? Éstos, en cambio, incluyen bajo el solo nombre de naturaleza dos cosas muy diferentes: a Dios y al mundo, al artífice y a la obra; y dicen que el uno sin el otro no puede nada, como si la naturaleza fuese Dios y el mundo mezclados; y es que llegan a tal extremo de confusión que para ellos Dios es la mente del mundo y el mundo el cuerpo de Dios, como si el mundo y Dios hubiesen empezado a existir al mismo tiempo y no hubiese sido el propio Dios el que hizo el mundo. Y esto último lo reconocen ellos mismos en otros lugares, cuando declaran que el mundo ha sido hecho para los hombres y que Dios, si quiere, puede existir sin el mundo, ya que Dios es la mente divina y eterna, libre y exenta de cuerpo. Pero, como no pudieron entender su fuerza y majestad, confundieron a Dios con el mundo, es decir, con su obra. De ahí esos versos de Virgilio: «Y difundida por todas sus partes, una mente pone en movimiento toda la masa del universo y se mezcla con su gran cuerpo»¹⁴. ¿Dónde está, pues, aquel mundo del que ellos mismos dicen que ha sido creado y es gobernado por la providencia divina? Y es que, si él hizo el mundo, debió existir sin el mundo; si lo gobierna, no lo gobierna ciertamente como la mente al cuerpo, sino como el señor a su casa, el timonel al barco, el auriga al carro; y ninguno de éstos está mezclado con las cosas que dirigen. Pues bien, si todo esto que vemos son miembros de Dios, resulta que han inventado un dios insensible, puesto que sus miembros carecen de sentido, y

un dios mortal, puesto que vemos que sus miembros son mortales. Puedo enumerar cuántas veces la tierra, sacudida por repentinos terremotos, o bien se ha abierto o bien ha desaparecido en el abismo; cuántas veces las ciudades y las islas, anegadas por las aguas, han caído en sus profundidades; cuántas las lagunas han inundado los fructíferos campos; cuántas los ríos y los estanques se han secado; cuántas los montes o bien han caído en pedazos o bien se han allanado; cuántas el fuego oculto e interior ha consumido muchas regiones y las laderas de muchos montes.

Y esto es poco, suponiendo que Dios no se preocupa de sus miembros y dejando a un lado que incluso al hombre le está permitido hacer cosas contra el cuerpo de Dios: se construyen edificios sobre el mar, son abatidos los montes, y son excavadas las entrañas de la tierra para sacar riquezas. Y ¿qué decir del hecho de que ni siquiera se puede arar sin herir el cuerpo de Dios? ¡Cuán criminales e impíos somos al violar el cuerpo de Dios! ¿Permite, pues, Dios que su cuerpo sea maltratado y se hace a sí mismo vulnerable, o permite que el hombre le reduzca a tal condición? A no ser que quizás ese espíritu divino que está mezclado con el mundo y con todas las partes del mundo haya abandonado la primera capa de la tierra y se haya refugiado en las profundidades, para no sufrir dolor con las continuas laceraciones a que está sometido. Pero si esta hipótesis es vana y absurda, tan faltos de sentido común estuvieron ellos como lo están estas cosas, ya que no comprendieron que el espíritu divino está desparramado por todas partes y que en él está contenido todo, pero no de forma que Dios, que es incorrupto, esté mezclado con los elementos materiales y corruptibles.

Era, pues, más exacta la idea que recibieron de Platón, en el sentido de que el mundo había sido hecho por Dios

y era regido por su providencia. Hubiera convenido, pues, que Platón y sus seguidores hubiesen demostrado y explicado cuál es la causa y la razón de la construcción de una obra tan grande, por qué la hizo Dios y para quién. Los estoicos, por su parte, dicen: «El mundo fue hecho para los hombres». Lo admito. Pero Epicuro ignora para qué y quién hizo a los propios hombres. Efectivamente, Lucrecio, al afirmar que el mundo no era regulado por los dioses, dice así: «afirmar, por lo demás, que los dioses quisieron disponer esta extraordinaria naturaleza del mundo en favor de los hombres... es» —concluye con razón después— «una locura. Efectivamente, ¿qué ventaja puede dar a los inmortales y bienaventurados nuestra gratitud, de forma que se decidan a hacer cualquier cosa en favor nuestro?»¹⁵. Y es que los estoicos no daban ninguna razón por la cual hubiera sido creado y organizado por Dios el género humano; y ésta es nuestra obligación: exponer el misterio del mundo y del hombre, misterio que ellos ignoraron; y por ello no pudieron tocar ni ver el secreto de la verdad. La consecuencia fue, como dije más arriba, que, a pesar de imaginar la verdad —es decir, que el mundo había sido hecho por Dios y para los hombres—, no pudieron defender esta hipótesis. Finalmente Platón, para evitar que la obra de Dios fuese débil y ruinoso, dijo que «el mundo duraría eternamente»¹⁶. Si el mundo había sido hecho para los hombres y había sido hecho de forma que fuera eterno, ¿por qué no son también eternos esos mismos para los cuales fue hecho? Si son mortales esos para los cuales ha sido hecho, también el mundo ha de

ser mortal y corruptible: y es que no vale más el mundo
17 que aquellos para los que ha sido hecho. Si Platón hu-
biera razonado con lógica, habría comprendido que el mun-
do, puesto que ha sido hecho, tiene que tener fin, y que
sólo puede durar para siempre aquello que no puede ser
tocado.

18 Por otro lado, quien dice que el mundo no ha sido
hecho para los hombres, no tiene ninguna razón. Efectiva-
mente, si dice que el creador del mundo hizo esta enorme
obra para sí mismo, ¿por qué hemos nacido nosotros?;
¿por qué disfrutamos del propio mundo?; ¿qué significado
tiene la creación del género humano y de los demás seres
19 animados?; ¿por qué cogemos los bienes de otro?; ¿por
qué, en fin, crecemos, envejecemos y morimos?; ¿qué sen-
tido tiene la propia procreación?; ¿qué sentido el continuo
suceder de generaciones? Ciertamente Dios quiso compla-
cerse contemplando y modelando estas, por así decir, esta-
tuillas en sus variadas imágenes; y ni siquiera, aunque así
fuese, se preocuparía por los seres vivos y en especial por
el hombre, a cuyo poder sometió todas las cosas.

20 En lo que se refiere a la opinión de aquellos que dicen
que el mundo existió siempre, paso por alto el argumento
de que no pudo existir sin principio —argumento que no
pueden refutar—, pero afirmo esto: si el mundo existió
21 desde siempre, no puede tener ninguna razón de ser. Pues
¿qué planes pudo introducir la inteligencia en aquello que
nunca tuvo principio? Y es que, antes de hacer u ordenar
una cosa, hay que planearla, para poder establecer la for-
ma de hacerla; y no se puede empezar nada sin que la
22 razón lo haya previsto. Así pues, a toda obra precede
un plan racional: no tiene, pues, plan racional lo que no
ha sido hecho; ahora bien, en el mundo subyace un plan
racional, ya que existe y es regido; luego ha sido hecho;

y si ha sido hecho, también tendrá final. Que nos den, 23
pues, éstos, si es que pueden, la razón por la cual el mun-
do fue hecho en un principio y acabará después. Y, puesto
que no pudo darla, Epicuro, o Demócrito ¹⁷, dijo que el
mundo tuvo origen en la mezcla casual de los átomos entre
sí, y que después, cuando estos átomos se separen, seguirá
la disgregación y la muerte. Así pues, Epicuro estropeó 24
la recta intuición que tuvo, destruyó totalmente toda su
teoría por ignorancia de su sentido racional, y redujo el
mundo y todos los fenómenos que en él ocurren a una
especie de sueño inconsistente, ya que para él ningún plan
racional subyace en las cosas humanas.

Ahora bien, puesto que al mundo y a todas sus partes 25
los rige, según vemos, una maravillosa racionalidad, pues-
to que el clima moderado de la atmósfera, el curso, inmu-
table en su propia variedad, de los astros y de las estrellas
del cielo, la regular y admirable distribución de las estacio-
nes, la variada fecundidad de la tierra, las llanuras de los
campos, los baluartes y alturas de los montes, la verdura
y fertilidad de las selvas, el salubérrimo manantial de las
fuentes, el oportuno desbordamiento de los ríos, el opu-
lento y abundante desparramamiento del mar, el variable
y útil soplo de los vientos, y todas las demás cosas están
sometidos a un orden racional perfectísimo, ¿quién hay
tan ciego que piense que todo eso, en lo cual brilla la ad-
mirable disposición de una inteligencia providentísima, ha
sido hecho sin una causa? Así pues, si nada hay ni se 26
hace sin una causa, si la providencia del sumo Dios es evi-
dente en la ordenación de las cosas, su virtud en la grande-
za de las mismas, y su poder en la forma de regirlas, son
obtusos y locos quienes negaron la existencia de la Provi-

dencia. Yo no los refutaría si negaran la existencia de los dioses para afirmar la de uno solo; pero, dado que afirman que no existe ningún dios, delira quien no piense que ellos deliran.

- 4 *Significado del mundo según la doctrina cristiana* Pero sobre la Providencia ya he dicho bastante en el libro primero. Si existe esa Providencia —cosa que es evidente por la maravilla de sus obras—, esa misma Providencia necesariamente tuvo que crear
2 al hombre y a los demás seres animados. Veamos, pues, qué razón subyace en la creación del género humano, puesto que consta —cosa que dicen los estoicos— que el mundo fue creado para los hombres; aunque en esto mismo cometen un no pequeño error, ya que dicen que fue creado para los hombres y no para el hombre ¹⁸; y es que nombrando a uno solo, se está nombrando a todo el género humano.
3 Pero ellos dicen eso porque no saben que Dios creó un solo hombre y piensan que los hombres nacieron cual setas en todas las tierras y campos. Hermes, sin embargo, no ignoraba que el hombre fue creado por Dios y a semejanza de Dios ¹⁹.
4 Pero vuelvo al tema propuesto. Nada hay, pienso, que haya sido hecho para sí mismo, sino que todo lo que realmente es hecho, es necesariamente hecho para uso de alguno. Pues ¿quién es tan torpe o está tan ocioso que emprenda en vano la realización de algo de lo que no espe-
5 re ninguna utilidad y ningún provecho? Quien construye

una casa, no la construye sólo para que sea una casa, sino para poder vivir en ella; quien fabrica una nave, no emprende esta tarea sólo para que exista la nave, sino para navegar sobre ella; igualmente, quien crea y modela un 6 vaso, no lo hace sólo para que se vea lo que ha hecho, sino para que ese vaso cumpla una función necesaria; de la misma forma, cualquier otra cosa que se hace, no se hace en vano, sino para alguna utilidad práctica. Así pues, 7 el mundo fue creado por Dios no por el propio mundo en sí: y es que el mundo, puesto que carece de sentido, no necesita el calor del sol, la luz de la luna, el soplo de los vientos, el agua de las lluvias, ni el alimento de los frutos. Pero tampoco puede decirse que Dios hizo el mundo 8 para sí mismo, puesto que él puede vivir sin el mundo, como vivió antes, y el propio Dios no utiliza ninguna de las cosas que hay en el mundo y que en él se producen. Está claro, pues, que el mundo fue creado para los seres 9 animados, ya que los seres animados son los que disfrutan las cosas que hay en él: para que puedan vivir y existir les son suministradas en los momentos oportunos todas las cosas que les son necesarias. A su vez, que todos los 10 demás seres animados fueron creados para el hombre está claro por esto: porque sirven al hombre y porque le han sido dados a éste para su protección y utilidad, ya que, sean terrestres o acuáticos, no conocen la razón de ser del mundo, como la conoce el hombre.

Éste es el momento de contestar a los filósofos, y prin- 11 cipalmente a Cicerón, quien dice: «¿Por qué Dios, si hizo todas las cosas para nosotros, dio tanta virulencia a las serpientes venenosas y a las víboras? ¿Por qué desparramó tantos productores de pestes por la tierra y por el mar?» ²⁰.

12 Extensa materia a discutir es ésta, pero, como estamos de paso en ella, hay que resumirla brevemente. Dado que el hombre fue configurado de elementos diferentes y contradictorios —de alma y de cuerpo, es decir, de cielo y de tierra, de elemento tenue y de elemento material, de eterno y temporal, de sensible y de insensible, de luz y de tinieblas—, la propia exigencia racional pedía que al hombre se le ofrecieran bienes y males: bienes, para utilizarlos, males, para evitarlos y rechazarlos. Por ello, pues, se le dio la sabiduría, para que, conociendo la naturaleza de los bienes y de los males, dedicara la fuerza de su inteligencia a la búsqueda de los bienes y al rechazo de los males. A los demás animales, puesto que no se les ha dado la sabiduría, se les ha protegido y armado con defensas naturales; pero al hombre Dios le concedió, en lugar de todas esas defensas, lo que era más importante: sólo la inteligencia. Por ello le creó desnudo e inerme, para que la sabiduría le protegiera y guardara: puso sus defensas y adornos, no fuera, sino dentro; no en el cuerpo, sino en el espíritu. Así pues, si no existieran males ante los que protegerse y males que distinguir de lo bueno y de lo útil, no le haría falta la sabiduría. Que sepa, pues, Marco Tulio que al hombre se le dio la inteligencia para que pesara peces para su consumo y para que evitara las serpientes venenosas y las víboras en aras de su salud; o viceversa, se le ofrecen males y bienes porque ha recibido la inteligencia, cuya función consiste totalmente en el discernimiento de bienes y males. Así pues, grandes, rectos y admirables son la fuerza, la razón y el poder del hombre, en función del cual hizo Dios el mundo y todo lo

que existe; y le concedió el gran honor de ponerle al frente de todo, para que él solo pudiera admirar las obras de Dios. Muy bien, pues, habla mi Asclepiades, al analizar la providencia del sumo Dios en el libro que me dedicó, con estas palabras: «Y por ello con razón quizás alguien piense que la divina Providencia dio un estado próximo al suyo a aquel que pudiera comprender sus planes. Efectivamente, ahí está el sol: ¿quién lo ve de forma que entienda su existencia y los beneficios que proporciona a los demás? Ahí está el cielo: ¿quién lo acepta? Ahí está la tierra: ¿quién la cultiva? Ahí el mar: ¿quién lo navega? Ahí el fuego: ¿quién lo usa?»²¹. Creó, pues, el Dios sumo todas las cosas, no para él, porque no necesita nada, sino para el hombre, quien debía utilizarlas convenientemente.

Demos ahora la razón por la cual hizo al propio hombre. Si los filósofos la hubieran sabido, o bien habrían defendido la parte de verdad que encontraron o bien no habrían caído en los grandes errores en que cayeron. Y es que éste es el meollo, éste es el quicio de la cuestión; y a aquel que no lo encuentra se le escapa toda la verdad; ello es lo que determinó que no razonaran con lógica: si esta lógica les hubiera alumbrado, si hubiesen conocido totalmente el misterio del hombre, nunca la Academia hubiese yugulado de lado a lado sus análisis y toda su filosofía.

Pues bien, de la misma forma que Dios no hizo el mundo para sí mismo, ya que él no necesita comodidades, sino que lo hizo para el hombre, que es quien lo utiliza,

*Significado
de la creación
del hombre*

4 si hizo sin embargo al hombre para sí. «¿Qué utilidad saca
Dios del hombre», dice Epicuro, «como para hacerlo para
sí?»²². Pues para que hubiese alguien que entendiera sus
obras, que pudiera admirar con sus sentidos y proclamar
con su voz su providencia a la hora de ordenar las cosas,
su inteligencia a la hora de hacerlas y su facultad de con-
sumarlas: y el fin último de todo esto es que adore a Dios.
5 Y es que adora quien conoce, y venera con el culto debido
al artífice de todas las cosas y a su verdadero padre quien
conoce el poderío de su majestad desde el parámetro de
la planificación, comienzo y realización de sus obras.
6 ¿Qué argumento más evidente puede darse para demostrar
que Dios hizo el mundo para el hombre y al hombre para
sí mismo que el hecho de que, entre todos los seres anima-
dos, el hombre fue el único que fue modelado con los ojos
dirigidos al cielo, con el rostro mirando hacia Dios, con
la cara semejante a la de su padre, de forma que da la
impresión de que Dios, alargando la mano y sacando, por
así decir, al hombre de la tierra, le levantó para que le
7 contemplara a él? «Pues ¿de qué le sirve a Dios», dice
Epicuro, «siendo feliz y no necesitando nada, el que el
hombre le adore? O, si tanto honró al hombre que hizo
el mundo para él, que le dotó de sabiduría, que le hizo
el señor de los seres vivos y que le amó como a su hijo,
¿por qué le hizo mortal y frágil? ¿Por qué dejó en medio
de todos los males a quien amaba, cuando lo oportuno
habría sido hacer al hombre feliz, como próximo y cerca-
no a Dios que era, y eterno, como es el mismo Dios, para
cuya adoración y contemplación ha sido modelado?»²³.

Aunque ya casi he demostrado esto en los libros ante-
8 riores al tratar de ello esporádicamente, sin embargo, puesto
que el tema lo exige ahora con propiedad, tema en el que
me he propuesto hablar de la vida bienaventurada, debo
explicarlo aquí con diligencia y en su totalidad, para que
se conozca la ordenación de Dios, su obra y su voluntad.
Aunque *podría haber creado innumerables almas con sus*
9 *vidas siempre inmortales, como hizo con los ángeles, a los*
que dotó de inmortalidad sin peligro ni temor alguno a
los males, sin embargo ideó una obra inenarrable: la for-
ma de crear una multitud infinita de almas, atadas en prin-
cipio a cuerpos frágiles y débiles, intermedias entre el bien
y el mal, para ofrecer a estas almas, compuestas de estos
dos elementos por naturaleza, la posibilidad de practicar
la virtud, con el fin de que no llegaran a la inmortalidad
con facilidad e indolencia, sino que llegaran a ese premio
inenarrable de la vida eterna a través de grandes dificulta-
des y esfuerzos. Así pues, al dotar a estas almas de miem-
10 bros pesados y susceptibles de sufrimiento, y dado que no
podían permanecer en medio del vacío al empujarlas hacia
abajo su peso y la gravedad de su cuerpo, decidió crear
para ellas en primer lugar una sede y un domicilio; de esta
11 forma fue como, con inefable virtud y poder, fabricó la
extraordinaria obra del mundo: dejando arriba los elemen-
tos ligeros y colocando abajo los pesados, consolidó el cie-
lo y estableció la tierra. No es necesario seguir ahora
12 todos los pasos, ya que los describí todos en el libro segun-
do. Puso, pues, estrellas en el cielo, cuyo calor moderado,
luz y movimiento están perfectísimamente adaptados a las
necesidades de los seres vivos; a la tierra, a su vez, de la
cual quiso que fuera la morada del hombre, la dotó de
la facultad de engendrar y producir variados elementos,
para que suministrara alimentos, según la naturaleza y usos

de cada especie, con la fecundidad de sus frutos, hierbas
13 y plantas. Después, una vez terminado todo lo que se refe-
ría a la situación del mundo, hizo al hombre de la propia
tierra, tierra que desde el principio había preparado como
morada de aquél; es decir, dotó y envolvió el alma del
hombre con un cuerpo de tierra, para que, al estar com-
puesto de elementos diferentes y contradictorios, compren-
14 diera el bien y el mal. Y, de la misma forma que la
tierra es fértil en la producción de frutos, así también el
cuerpo humano, que está tomado de la tierra, recibió la
posibilidad de producir bienes y la facultad de generar des-
cendencia, para que así, puesto que al estar formado de
materia frágil no podía permanecer para siempre, desapa-
reciera una vez terminado el tiempo de su vida temporal,
renovando, mediante una sucesión continua, la parte frágil
y débil de su ser.

15 Pues bien, ¿por qué le hizo mortal y frágil, si cons-
truyó el mundo para él? En primer lugar, para que vieran
la luz muchas almas y llenaran toda la tierra con un gran
número; en segundo lugar, para ofrecer al hombre la vir-
tud, es decir, la tolerancia de los males y del trabajo, tole-
rancia a través de la cual pudiera conseguir el premio de
16 la inmortalidad. Efectivamente, dado que el hombre consta
de dos elementos, cuerpo y alma, de los cuales uno es ter-
renal y otro celestial, se le han dado dos vidas, una tem-
poral, asignada al cuerpo, y otra eterna, que pertenece al
17 alma. Adquirimos la primera al nacer; conseguimos la
segunda trabajando, para que no le llegue al hombre la
inmortalidad, como antes dijimos, sin ningún esfuerzo. La
vida terrenal es como el cuerpo, y, por ello, se acaba; la
celestial es como el alma, y, por ello, no tiene fin. La pri-
mera la recibimos sin darnos cuenta, la segunda a sabien-
das: y es que ésta es un premio a la virtud y no un resulta-

do natural, ya que Dios quiso que consiguiéramos la vida
en la vida. Por ello nos dio esta vida temporal, para que 18
perdiéramos aquella otra verdadera y eterna con nuestros
vicios, o la mereciéramos con nuestra virtud. En esta vida
corporal no está el sumo bien, ya que, de la misma forma
que nos ha sido dada por designio divino, así también nos
será quitada por designio divino: y lo que tiene final no
participa del sumo bien. En cambio, en la vida espiritual, 19
la que conseguimos con nuestro esfuerzo, sí está el sumo
bien, ya que ella no puede tener ni sufrimiento ni final.

La naturaleza y sentido del cuerpo nos lo demuestran: 20
todos los demás animales tienden hacia la tierra, puesto
que son terrestres, y no consiguen la inmortalidad, que es
algo celestial; el hombre, en cambio, mira erecto hacia el
cielo, ya que tiene como meta la inmortalidad —aunque
ésta no le llega sino de manos de Dios: y es que no habría
ninguna diferencia entre el bueno y el malo si todos los
hombres nacieran inmortales—; luego la inmortalidad no
es una consecuencia natural, sino el pago y el premio de
la virtud. Por otro lado, el hombre no empieza a andar 21
erecto en el momento en que nace, sino que anda primero
a cuatro patas —y es que compartimos con los animales
mudos la constitución de nuestro cuerpo y esta vida
temporal—; después, al adquirir fuerzas, se yergue, su len-
gua se suelta en el habla y deja de ser un animal mudo.
Esta argumentación demuestra que el hombre nace mortal 22
y que después se hace inmortal, cuando empieza a vivir
desde Dios, es decir, a practicar la justicia, contenida en
el culto a Dios, a través del cual el mismo Dios levanta
al hombre a la contemplación del cielo y de sí mismo. Y
esto sucede cuando el hombre, purificado por el bautismo
celestial, deja su infancia juntamente con todo el lastre de
su vida anterior, y, recibiendo el impulso de la fuerza divi-

23 na, llega a la plenitud de la perfección humana. Así pues, dado que Dios ofreció al hombre la práctica de la virtud, aunque el alma y el cuerpo estén asociados, sin embargo, son contrarios y luchan entre sí. Los bienes del alma son males para el cuerpo: así, la falta de riquezas, la prohibición de placeres, el desprecio al dolor y a la muerte. Y de la misma forma, los bienes del cuerpo son males para el alma: así, la pasión y el placer, con los cuales se buscan las riquezas y los halagos de distintos placeres, que debilitan y extinguen el alma. Por ello es necesario que el bueno y el sabio se muevan en medio de todos los males, puesto que la vencedora sobre los males es la fortaleza; y es necesario que los malos se muevan entre riquezas, honores y poderes, ya que estos bienes son corporales y terrenos; pero éstos llevan una vida terrenal y no pueden conseguir la inmortalidad, ya que se entregan a los placeres que son enemigos de la virtud. Así pues, esta vida temporal debe estar sometida a la eterna, de la misma forma que el cuerpo al alma. En consecuencia, quien prefiera la vida del alma, que desprecie obligatoriamente la del cuerpo; no podrá llegar a la cima si no desprecia lo que está debajo. Y quien abraza la vida del cuerpo y fije sus placeres en la tierra, no puede conseguir aquella vida elevada. Pero quien prefiere vivir bien para siempre, vivirá mal en esta vida y aceptará todo tipo de sacrificios y trabajos, mientras esté en la tierra, con el fin de poseer el solaz divino y celestial; y quien prefiera vivir bien en esta vida, vivirá mal en la eterna: será condenado, en efecto, por sentencia divina a un castigo eterno, por haber preferido los bienes terrenales a los celestiales.

27 Por ello, pues, Dios exige ser adorado y honrado como un padre por el hombre, para que éste consiga la virtud y la sabiduría, que son las únicas que proporcionan la in-

mortalidad. Y es que, dado que nadie, a excepción de Dios, que es el que la posee, puede dar la inmortalidad, él premia la piedad, con la que el hombre le adora, con la felicidad eterna junto a él y con él para siempre.

Resumamos ahora brevemente toda la argumentación anterior; el mundo fue hecho para que nosotros nacieramos en él; nosotros nacimos para conocer al autor del mundo y Dios nuestro; le conocemos para adorarlo; le adoramos para conseguir la inmortalidad como premio a nuestros esfuerzos, ya que el culto a Dios exige grandes esfuerzos; conseguimos el premio de la inmortalidad para servir para siempre, a semejanza de los ángeles, al sumo padre y señor y convertirnos en el reino eterno de Dios. Éste es el resultado de todo, éste es el secreto de Dios, éste es el misterio del mundo, misterio que desconocen quienes, siguiendo los placeres de este mundo, se entregan a los bienes terrestres y caducos, y a causa de los mortíferos placeres hunden en una especie de lodo y cieno las almas nacidas para el cielo.

Preguntemos ahora, por nuestra parte, si hay alguna razón de ser en el culto a los dioses. Porque, si existen muchos dioses, si son adorados por los hombres sólo para que den a éstos riquezas, victorias, honores y todo lo demás que sólo vale en el mundo, si nacemos sin ninguna causa final, si en la procreación de los hombres no hay ninguna previsión providencial, si nacemos casualmente para nosotros mismos y para nuestro propio placer, si dejamos de existir tras la muerte, ¿qué otra cosa puede haber tan vacía, tan inútil, tan vana como la situación humana o el propio mundo, el cual, a pesar de ser de increíble

*Si no se da
al mundo
y al hombre
el sentido
cristiano,
todo son
preguntas
sin respuesta*

magnitud y estar, sobre todo, construido con admirable inteligencia, sólo sirve, sin embargo, para cosas inútiles?

4 ¿De qué sirve entonces que el soplo de los vientos reúna las nubes? ¿De qué sirve entonces que brillen las estrellas, que mujan los truenos, que caigan las lluvias? ¿De qué sirve que la tierra produzca frutos y alimento a distintas especies de animales? ¿De qué sirve en fin que toda la naturaleza se esfuerce para que no falte ninguna de las cosas que sostienen la vida del hombre, si esa vida es vana, si morimos para la nada, si no hay nada en nosotros que

5 haga mayores servicios a Dios? Y si es impío decir y no se debe pensar que puede suceder que no ha sido hecho con una finalidad racional extraordinaria lo que se ve que está estructurado con una gran racionalidad, ¿qué razón puede haber en esos errores de las depravadas religiones y en esas enseñanzas de los filósofos que piensan que las

6 almas mueren? Absolutamente ninguna. Pues ¿por qué dirán que los dioses conceden tan cuidadosamente a los hombres cada cosa en su tiempo? ¿Acaso para que nosotros les demos a ellos ofrendas de pan y de vino, y olorosos inciensos, y sangre de animales? Estas cosas no pueden ser gratas a los inmortales, porque son perecederas, ni pueden servir a quienes carecen de cuerpo, porque han sido hechas para uso corporal; y, además, si ellos desearan estas cosas, podrían conseguirlas ellos y cuando quisieran.

7 Así pues, ya mueran las almas, ya permanezcan para siempre, ¿qué sentido tiene el culto a los dioses?; o ¿por qué ha sido creado el mundo?; ¿por qué, cuándo, hasta cuándo y para qué han sido creados los hombres en cuanto hombres? ¿Por qué nacen, mueren, se suceden y se renuevan?; ¿por qué los dioses son adorados por quienes no van a ser nada tras la muerte? ¿Qué ofrecen, prometen

8 o amenazan que sea digno de hombres o de dioses? Si las

almas permanecen tras la muerte, ¿qué hacen o van a hacer de ellas?; ¿qué necesidad tienen ellos del tesoro de las almas? Ellos mismos ¿qué origen tienen?; ¿cómo, por qué y de dónde que sean tan numerosos?

Así sucede que, si nos apartamos del sentido fundamental que más arriba hemos dado al mundo, desaparece toda razón y todo se reduce a la nada.

Dado que los filósofos no compren- 7
dieron ese sentido fundamental, no pudieron comprender la verdad, aunque casi vieron y explicaron aquello en lo que se basa ese sentido fundamental. Sin embargo, trataron todo eso por separado y en distintas direcciones, sin aducir las causas, las consecuencias y el sentido de las cosas, cosas necesarias todas ellas para dar unidad y completar ese sentido fundamental que lo explica todo. Es fácil, sin embargo, demostrar que casi to- 2
da la verdad se encuentra dividida entre las distintas sectas filosóficas. Y es que nosotros no prescindimos de raíz de toda filosofía, como suelen hacer los académicos que se propusieron contestar a todo —lo cual es más bien cavilar y satirizar—, sino que enseñamos que no hubo ninguna secta filosófica tan descarriada ni ningún filósofo tan vacío que no viera algo de verdad. Pero, como se ensañan 3
unos contra otros en su afán de contradicción, al intentar defender incluso lo que hay de falso en su doctrina y erradicar lo que hay de verdad en la de otros, no sólo se les escapa la verdad que simulaban buscar, sino que incluso la perdieron ellos mismos por su propia culpa. Si hubiera 4
existido alguno que hubiese agrupado y recogido en un «corpus» la verdad esparcida entre cada uno de los filósofos y difundida por las distintas sectas, ése no se diferenciaría

*Las distintas
escuelas
filosóficas
sólo llegaron
en parte
a la explicación
del sentido
último del hombre*

sin duda de nosotros. Pero esto no lo puede hacer sino el perito y el conocedor de la verdad; y conocer la verdad sólo es patrimonio de aquel que ha sido adoctrinado por Dios, ya que, de otra forma, no se puede rechazar lo falso y elegir y aceptar lo verdadero; aunque, si alguien por casualidad lo consiguiera, ése practicaría una filosofía verdadera, y, si bien no podría defenderla con los testimonios divinos, la propia verdad resplandecería, sin embargo, con su propia luz. Por eso, es increíble el error de aquellos que, tras aceptar una secta y adherirse a ella, condenan a las demás como falsas e inanes, y se arman para la lucha sin saber qué es lo que tienen que defender y qué refutar, y atacan una por una, sin discernir, todas las aportaciones que traen los que disienten. Por culpa de sus obstinadas discusiones no existe ninguna filosofía que se acerque a la verdad: y es que la verdad se encuentra en todas estas escuelas, pero por partes. Platón dijo que el mundo había sido hecho por Dios: eso mismo dicen los profetas y eso mismo está claro en los versos de la Sibila²⁴. Están equivocados, pues, quienes dijeron que todo había nacido por su propia fuerza, o por la unión de pequeñas partículas, ya que una cosa tan extraordinaria, tan bien hecha y tan enorme no puede ser hecha, ni colocada, ni ordenada sin la intervención de un inteligentísimo autor; y esa misma ordenación racional, de la que ellos son conscientes de que constan y están regidas todas las cosas, está confesando la existencia de un artífice de mente lucidísima. Los estoicos dicen que el mundo y todo lo que en él hay ha sido hecho para el hombre: esto mismo nos enseñan las Sagradas Escrituras. Se equivocó, pues, Demócrito, quien pensó que

los hombres habían surgido de la tierra a modo de gusanillos sin intervención de ningún creador ni de ningún plan racional. La creación del hombre pertenece al secreto divino, y, como Demócrito no podía conocer ese secreto, redujo la vida humana a la nada. Aristón²⁵ dijo que los hombres nacían para ser virtuosos: esto mismo nos advirtieron y enseñaron los profetas. Se equivoca, pues, Aristipo, quien sometió al hombre, como si de un animal se tratara, al placer, es decir, al mal. Ferécides²⁶ y Platón defendieron que las almas eran inmortales: esto es doctrina propia también en nuestra religión. Se equivocaron, pues, Dicearco²⁷ y Demócrito, que argumentaron que perecían y se diluían juntamente con los cuerpos. El estoico Zenón defendió que existía el infierno, que las sedes de los buenos estaban separadas de las de los malos y que los primeros habitaban zonas tranquilas y placenteras, mientras que los segundos pagaban sus penas en lugares tenebrosos y en horribles vorágines de cieno: esto mismo nos anuncian claramente los profetas. Se equivocó, pues, Epicuro, quien pensó que esto era invención de los poetas y que las penas que se dicen de los infiernos se sufren en esta vida²⁸. Así pues, los filósofos tocaron toda la verdad y todo el secreto de su religión divina, pero, ante la refutación de otros, no pudieron defender lo que habían descubierto, ya que la razón no les cuadraba totalmente a cada uno de ellos en particular y no pudieron reducir la verdad que habían

atisbado a un valor fundamental, como nosotros hemos hecho más arriba.

8 Así pues, el único bien sumo es la inmortalidad, para cuya consecución hemos sido formados desde el principio y hemos nacido. Hacia ella tendemos, a ella contemplamos la naturaleza humana, hacia ella nos lleva la virtud. Y, como ya hemos descubierto ese bien, nos queda hablar de la propia inmortalidad.

El sumo bien es la inmortalidad. Platón y otros filósofos sólo lo intuyeron

2 Los argumentos de Platón, aunque proporcionan gran ayuda en el tema, tienen sin embargo poca solidez a la hora de probar y de completar la verdad, ya que ni terminó el razonamiento de todo este gran misterio, ni lo redujo a una unidad, ni entendió cuál era el sumo bien. Y es que, aunque tuvo conciencia de la verdad en el tema de la inmortalidad del alma, no la consideraba, sin embargo, el sumo bien. Nosotros, pues, que colegimos la verdad sin ningún tipo de dudas y que la conocemos por tradición divina, podemos deducirla a partir de señales seguras. Platón argumentaba así: «Inmortal es aquello que siente y se mueve siempre por sí mismo, ya que lo que no tiene principio en su movimiento, tampoco tendrá fin, porque una cosa no puede abandonarse a sí misma»²⁹. Este argumento daría la eternidad incluso a los mudos animales, si no los hubiese separado después al añadir en el hombre la sabiduría. Por ello, pues —para soslayar esta identidad—, añadió: «No puede suceder que el alma humana no sea inmortal, ya que su admirable habilidad inventora, su rapidez de pensamiento, su facilidad de comprensión y de aprendizaje, su recuerdo del pasado, su previsión del futuro y

el conocimiento de innumerables artes y cosas —conocimiento que no tienen los demás seres vivos— es claramente algo divino y celestial, ya que el origen del espíritu que comprende y aprende tantas cosas no está en la tierra, por cuanto no hay nada en él que sea terrestre. Ahora bien, lo que en el hombre hay de material y disoluble necesariamente se disolverá en la tierra, y lo que hay de tenue y sutil se mantendrá indisoluble y, liberado de su sede corporal como de una cárcel, volará hacia el cielo y hacia su ser natural»³⁰. Esto lo he recogido brevemente de Platón, aunque su explicación es mucho más amplia y abundante.

De la misma opinión fue ya antes Pitágoras y su maestro Ferécides, de quien dice Cicerón que «fue el primero en hablar de la eternidad de las almas»³¹.

Aunque todos éstos sobresalían por su elocuencia, sin embargo, no menos autoridad tuvieron quienes en este tipo de discusiones defendieron la opinión contraria —Dicearco primero, después Demócrito y por último Epicuro—; hasta el punto de que fue puesto en duda el propio tema sobre el cual disputaban entre sí. Finalmente Tulio, tras exponer las opiniones de todos éstos sobre la inmortalidad y la muerte, dijo que él no sabía cuál era la verdad; «que Dios vea de alguna forma», dice, «cuál de estas opiniones es la verdadera»³²; y, de nuevo, en otro lugar dice: «Dado que ambas opiniones tienen doctísimos defensores, no se puede adivinar cuál es la verdadera»³³. Nosotros, a quienes la propia divinidad anunció la verdad, no necesitamos adivinaciones.

9

*Argumentos
en favor de
la eternidad
del alma*

Pues bien, la eternidad de las almas puede demostrarse y probarse con otros argumentos que no encontraron ni Platón ni ningún otro, argumentos que recopilare brevemente, puesto que urge llegar en mi exposición a la narración del

juicio divino que se celebrará en la tierra cuando se acerque el fin del mundo.

2

En primer lugar, Dios, puesto que es invisible, y para que nadie, apoyándose en el argumento de que no es visible con los ojos humanos, pensara que no existe, hizo, entre otras maravillas, muchas cosas cuya fuerza es evidente, pero cuya sustancia es invisible: tal es la voz, el olor, el viento; y lo hizo para que, basándonos en el ejemplo de estas cosas, viéramos a Dios, a pesar de no ser visible, en su fuerza, en sus acciones y en sus obras. ¿Qué más claro que la voz, más fuerte que el viento, más agudo

3

que el olor? Sin embargo, estas sustancias, que son conducidas por el aire, que llegan a nuestros sentidos y que impactan con su fuerza en ellos, no son visibles a los ojos humanos, sino que son percibidas por otras partes del cuerpo.

4

De la misma forma, Dios no es percibido por nosotros con la vista ni con otro sentido corporal, sino que debe ser contemplado con los ojos de la mente mediante la contemplación de sus extraordinarias y admirables obras.

5

En cuanto a aquellos que negaron la existencia de Dios, yo diría no sólo que no fueron filósofos, sino que no fueron ni siquiera hombres, ya que, semejantes a los animales, sólo tienen cuerpo, no viendo nada con su espíritu y reduciéndolo todo a los sentidos corporales, porque pensaban que sólo existía lo que podían ver con sus ojos.

6

Y, como veían que a los buenos les ocurrían adversidades y a los malos prosperidades, creyeron que todo ocurría ca-

sualmente y que el mundo tenía un origen natural y no providencial. De ahí resbalaron hacia auténticos delirios, delirios que eran consecuencia necesaria de tal punto de partida.

Y del hecho de que Dios es incorpóreo, invisible y eter- 7
no hay que concluir que, porque el alma sea invisible, no se sigue que muera cuando se separa del cuerpo, ya que está claro que hay cosas que sienten y que viven sin que sean visibles. Ahora bien, es difícil comprender con la mente 8
cómo puede el alma retener su sensibilidad sin esas partes del cuerpo en las cuales se asienta la función de los sentidos. Y ¿qué decir de Dios? ¿Es acaso fácil comprender 9
cómo se mantiene sin cuerpo? Si creen en la existencia de los dioses —los cuales, si existen, son tan incorpóreos como lo son las almas—, hay que pensar necesariamente que de la misma forma se mantienen las almas humanas, ya que desde nuestra propia razón e inteligencia se entiende que hay cierta semejanza entre el hombre y Dios. Final- 10
mente, está la considerable solidez de aquel argumento que incluso vio Marco Tulio: que la eternidad del alma puede demostrarse «porque no hay ningún otro animal que tenga noticia alguna de Dios y porque la religión es lo único que diferencia al hombre de los animales»³⁴, y como sólo el hombre practica la religión, ésta está dando testimonio de que nosotros buscamos, deseamos y adoramos lo que ha de ser familiar y próximo a nosotros mismos. O ¿es que 11
alguien, al contemplar la naturaleza de los demás seres vivos, a los que la providencia del Dios sumo sometió a cuerpos no erectos y postró sobre tierra, para que así se pudiera comprender que no tenían nada que ver con el cielo, puede no entender que, de todos los animales, el hombre

es el único animal celeste y divino, cuyo cuerpo levantado sobre la tierra, cuyo rostro elevado y cuyo andar erecto están buscando su origen y tienden hacia lo alto, despreciando, por así decir, la bajeza de la tierra, porque es consciente de que él debe buscar el sumo bien en lo sumo y porque, conociendo su condición, con la cual Dios le levantó sobre los demás animales, mira hacia su artífice? A esta contemplación la llamó con razón Trismegisto «theoptia»³⁵, cualidad que no existe en absoluto en los animales mudos.

¹² Por otro lado, dado que la sabiduría, que es patrimonio exclusivo del hombre, no es otra cosa que el conocimiento de Dios, está claro que el alma no muere ni se disuelve, sino que permanece para siempre, ya que, conociendo por presión de la propia naturaleza su origen y meta, busca y ama a Dios, que es eterno.

¹³ Otro no pequeño argumento de su inmortalidad es el hecho de que sólo el hombre usa el elemento celeste. Efectivamente, la naturaleza consta de dos elementos contradictorios y enfrentados entre sí, el fuego y el agua, de los cuales el primero pertenece al cielo y el segundo a la tierra; pues bien, los demás seres vivos, puesto que son terrestres y mortales, utilizan el elemento terrestre y pesado, mientras que sólo el hombre usa el fuego, que es el elemento ¹⁴ ligero, sublime y celeste. Y las cosas que son pesadas mueren, mientras que las ligeras se elevan hacia la vida, ya que la vida está arriba y la muerte abajo. Y, de la misma forma que no puede existir la luz sin el fuego, así tampoco puede existir la vida sin luz. Así pues, el fuego es el elemento de la luz y de la vida, de donde se deduce que el

hombre, que recurre a él, ha conseguido la condición inmortal, ya que está en contacto con lo que produce la vida.

También la virtud, patrimonio sólo del hombre, es un ¹⁵ gran argumento de que las almas son inmortales. La virtud no existirá en su esencia si el alma muere, ya que es enemiga de esta vida temporal. Efectivamente, esta vida temporal, que tenemos en común con los animales, busca el placer, con cuyos frutos variados y dulces se deleita, y huye del dolor, cuya aspereza de duras sensaciones daña a los seres vivos y tiende a conducirlos hacia la muerte que deshace al ser animado. Así pues, si la virtud aleja al ¹⁶ hombre de esos bienes que son apetecidos por naturaleza y le obliga a soportar los males que por naturaleza son rechazables, hay que concluir que la virtud es un mal y enemiga de la naturaleza y que hay que considerar necio al que la busca, ya que se está haciendo daño a sí mismo, al huir de los bienes presentes y buscar al mismo tiempo los males sin esperanza de conseguir un fruto mayor. Y es que, si ¹⁷ nos está permitido disfrutar de los agradables placeres, ¿no daremos la sensación de que estamos locos si preferimos vivir en la humildad, en la necesidad, en el desprecio y en la ignominia, o si preferimos ni siquiera vivir, sino ser atormentados por el dolor y morir, suponiendo que de estos males no conseguimos nada con lo que pueda compensarse la pérdida del placer? Pero si la virtud no es un mal ¹⁸ y actúa con honestidad —despreciando los placeres rastrosos y bajos— y con fortaleza —despreciando el dolor y la muerte para conservar su función—, hay que concluir que seguirá un bien mayor que aquellos que la virtud desprecia. Ahora bien, una vez llegada la muerte, ¿qué otro bien mayor que la eternidad podemos esperar?

10

Pasemos ahora repaso, una por una, a aquellas cosas que se oponen a la virtud, para deducir también de ellas la inmortalidad del alma.

Más argumentos en favor de la eternidad del alma

2

Los vicios son todos percederos, ya que duran instantes concretos. El ímpetu

de la ira se apacigua tras alcanzar la venganza, el placer corporal supone el fin del deseo carnal, la saciedad de aquello que se busca o la aparición de otros sentimientos terminan con el deseo de posesión, la ambición acaba cuando ha conseguido los honores que apetecía; de la misma forma, los demás vicios no pueden durar ni permanecer, sino que terminan con la consecución del fruto que buscan. Se

3

acaban, pues, y vuelven de nuevo. La virtud, sin embargo, es constante sin ninguna interrupción y no se puede alejar de aquel que la ha conseguido ya una vez, ya que, si tiene un intervalo, si podemos carecer de ella en algún momento, acto seguido volverán los vicios que se enfrentan

4

constantemente a la virtud. No la hemos conseguido, pues, si en algún momento nos abandona y se retira; pero, cuando ha conseguido una situación estable, aparece necesariamente en todos los actos, y no puede rechazar y poner firmemente en fuga a los vicios si no protege con guardia

5

constante el corazón en el que se asienta. Pues bien, la propia continuidad de la virtud está indicando que el alma humana, si alcanza la virtud, es permanente, ya que la virtud es perpetua y sólo el alma humana consigue la virtud;

6

y puesto que los vicios son contrarios a la virtud, toda su esencia ha de ser diferente y contraria: si los vicios consisten en la conmoción y perturbación del alma, la virtud por contra consiste en la dulzura y tranquilidad del alma; si los vicios son percederos y breves, la virtud es perpetua, constante, y siempre igual; si los frutos de los vicios,

es decir, los placeres, son, de la misma forma que ella, breves y percederos, el fruto y el premio de la virtud es eterno; si los beneficios de los vicios están en esta vida, los de la virtud están en la futura. Así, sucede que en esta vida no hay ningún premio para la virtud, ya que en ella la virtud sigue siendo todavía ella misma; efectivamente, de la misma forma que, cuando los vicios se convierten en acto, siguen el placer y el premio a los mismos, así también a la virtud, cuando termina, le sigue el premio; ahora bien, la virtud siempre acaba con la muerte, ya que precisamente en la aceptación de la muerte está su función suprema; consiguientemente, el premio de la virtud viene después de la muerte.

Finalmente, Cicerón, en las *Tusculanas*, se dio cuenta, aunque con ciertas dudas, de que el sumo bien del hombre no puede llegar sino tras la muerte: «Con ánimo confiado», dice, «si así lo permiten las circunstancias, hay que marchar hacia la muerte, en la cual sabemos que existe ya el sumo bien, ya ningún mal»³⁶. La muerte, pues, no acaba con el hombre, sino que le introduce en el premio de la virtud. Y quien se haya manchado con vicios y crímenes, como dice el mismo Cicerón³⁷, y haya sido esclavo del placer, será condenado pagando castigo eterno, al que las Sagradas Escrituras llaman segunda muerte: esta segunda muerte es eterna y está llena de durísimos tormentos. Y es que, de la misma forma que el hombre tiene dos vidas, una del alma y otra del cuerpo, así también tiene dos muertes, una que pertenece al cuerpo —muerte que tenemos que sufrir por naturaleza todos— y otra que pertenece al alma, que se consigue con el crimen y se evita con la

virtud. Y, de la misma forma que esta vida es perecedera y tiene límites fijos, puesto que es del cuerpo, así su muerte es también momentánea y tiene un límite fijo, ya que atañe al cuerpo.

11 Cumplido, pues, el momento que Dios ha fijado para la muerte, acaba la propia muerte. Y, como a la vida perecedera sigue una muerte perecedera, lo que sigue es el resurgir de las almas para la vida eterna, porque la muerte perecedera ya

Nuevos argumentos en favor de lo mismo

2 tuvo fin. Y a su vez, de la misma forma que la vida del alma es eterna, en la cual goza de los frutos divinos e innarrables de su inmortalidad, así su muerte es también necesariamente eterna, en la que pagará por sus pecados penas eternas e infinitos tormentos. La situación, pues, se mueve entre estos dos condicionantes: los que en esta vida corporal y terrena han sido felices, serán eternamente desgraciados, porque ya disfrutaron de los bienes que prefirieron; y esto sucede a los que adoran a los dioses y desprecian a Dios; los que, en pos de la justicia en esta vida, han sido desgraciados, despreciados, pobres y vejados frecuentemente con persecuciones e injurias a causa de la propia justicia —y éste es el único camino para llegar a la virtud—, serán eternamente felices, gozando incluso de bienes, puesto que ya soportaron los males; y esto sucede a los que, despreciando a los dioses terrestres y los bienes perecederos, siguen la celestial religión de Dios, cuyos bienes, de la misma forma que el que los concede, son eternos.

5 ¿Y no indican las propias obras del cuerpo y del alma que el alma no es mortal? Efectivamente, el cuerpo, puesto que él mismo es frágil y mortal, hace obras, cualesquiera que ellas sean, que son igualmente perecederas; Tulio dice, en efecto, que «no hay nada fabricado por manos

humanas que no termine en algún momento en la muerte, ya por desprecio a los hombres, ya por la propia vejez, consumidora de todo»³⁸. Las obras del alma, sin embargo, 6 vemos que son eternas; efectivamente, quienes, despreciando los bienes presentes dejaron para el recuerdo el testimonio de su talento y de sus grandes acciones, consiguieron totalmente la fama indeleble de su inteligencia y su virtud. Así pues, si las obras del cuerpo son mortales, porque el cuerpo es mortal, se sigue que el alma es inmortal, porque sabemos que sus obras son inmortales.

De igual forma, los deseos del cuerpo y del alma declaran que el primero es mortal y la segunda eterna. Efectivamente, el cuerpo sólo desea lo perecedero, es decir, el alimento, la bebida, el vestido, el descanso y el placer —aunque estas mismas cosas no las puede desear ni conseguir sin la participación y ayuda del alma—; el alma, sin embargo, desea por sí sola muchas cosas que no están en función del cuerpo, ni para disfrute del mismo, y que no son pasajeras, sino eternas, como la fama, producto de la virtud, y el recuerdo del propio nombre. Y es que el alma, en contra incluso del cuerpo, busca el culto divino que se mueve en medio de la abstinencia de deseos y pasiones, del aguante del dolor y del desprecio a la muerte. De ahí que haya que creer que el alma no muere, sino que se separa del cuerpo, ya que el cuerpo sin el alma nada puede, pero el alma sin el cuerpo puede hacer muchas y grandes cosas.

Y ¿qué decir del hecho de que lo que es visible a los 9 ojos y tangible por las manos no puede ser eterno, puesto que puede sufrir violencia externa, mientras que lo que no es tangible ni visible, sino que sólo se manifiesta en su

eficacia, en sus propiedades y en sus efectos, es eterno,
10 puesto que no le afecta ninguna fuerza externa? Así pues,
si el cuerpo es mortal, porque es visible y tangible, el alma
es inmortal, porque no puede ser tocada ni vista.

12 Rechacemos ahora los argumentos de
Refutación de aquellos que dijeron lo contrario, argu-
los argumentos mentos que expuso Lucrecio en su libro
de los epicúreos, tercero: «Dado que el alma nace con el
que defienden cuerpo, morirá necesariamente con el
la mortalidad cuerpo»³⁹. Pero no son iguales las pro-
del alma 2 piedades de uno y otra: el cuerpo, en efecto, es sólido y
perceptible con los ojos y las manos, mientras que el alma
es tenue y escapa a la vista y al tacto. El cuerpo está hecho
de tierra y es compacto, mientras que el alma no tiene na-
da de material ni de peso terreno, como dice Platón⁴⁰.
Y es que no podría tener tan gran viveza, tan gran energía
3 y tan gran agilidad, si no tuviera origen en el cielo. Así
pues, el cuerpo, puesto que está hecho de material pesado
y corruptible, y es tangible y visible, se corrompe, muere
y no puede evitar la violencia externa, ya que es visible
y tangible, mientras que el alma, que evita en su lige-
reza todo tacto, no puede ser disuelta por ningún golpe.
4 En consecuencia, aunque nacen niños unidos y asociados
entre sí y uno de ellos —el que está formado de material
terrenal— es algo así como el recipiente del otro —del que
ha salido de la ligereza celestial—, cuando alguna fuerza
los separa, separación que llamamos muerte, cada uno vuel-
ve a su ser: el que era de la tierra, se disuelve en la tierra,
y el que procede del espíritu celestial, permanece y vive
5 siempre, puesto que el espíritu divino es eterno. Incluso el

propio Lucrecio, olvidándose de lo que había dicho antes
y del dogma que había defendido, introduce después estos
versos: «Lo que antes era de la tierra, vuelve después a
la tierra; pero lo que ha salido de las regiones etéreas, es
recibido de nuevo en los luminosos templos del cielo»⁴¹.
No debía decir estas cosas quien antes había dicho que
las almas mueren con los cuerpos: pero fue vencido por
la evidencia de la verdad y la verdadera doctrina penetró
en él sin que se diera cuenta. Además, eso mismo que re- 6
sumió —que el alma se desintegra, es decir, que muere
juntamente con el cuerpo, porque ambos nacen juntos—
es falso y puede convertirse en un argumento en contra;
efectivamente, el cuerpo no muere al mismo tiempo, sino
que, cuando el alma se separa, permanece intacto muchos
días y con frecuencia, embalsamado, dura mucho tiempo.
Si, de la misma forma que nacen al mismo tiempo, murie- 7
ran al mismo tiempo, el alma no se retiraría ni abandonaría
el cuerpo de repente, sino que en el mismo instante
desaparecerían los dos, y el que es cuerpo mientras perma-
nece todavía en él el espíritu vital, se desintegraría y mori-
ría en el momento mismo en que le abandona el alma;
y a su vez, el alma, una vez disuelto el cuerpo, se desparra-
maría como el líquido desparramado tras romperse el vaso.
Pues bien, si el cuerpo, que es de tierra y es frágil, no 8
se diluye y pudre en la tierra, su origen, inmediatamente
después de la separación del alma, hay que concluir que
el alma, que no es frágil, permanece para siempre, puesto
que su origen es eterno.

Dice Lucrecio: «Puesto que la inteligencia crece en los 9
niños, es rigurosa en los jóvenes y se debilita en los ancia-

nos, está claro que es mortal»⁴². En primer lugar, el alma no es lo mismo que la inteligencia: una cosa es el espíritu vital y otra el pensamiento; efectivamente, mientras dormimos, duerme el pensamiento, pero no el alma; en los locos se ha perdido la mente, pero permanece el alma, y, por ello, son llamados «dementes», y no «exánimes»⁴³.

10 La mente, pues, es decir, la inteligencia, aumenta o disminuye con la edad; el alma permanece siempre en el mismo estado y, desde el momento en que recibe el primer hálito, se mantiene igual hasta el último, hasta que, salida de la

11 cárcel del cuerpo, vuela de nuevo a su morada. Por otro lado, el alma, aunque ha sido inspirada por Dios, sin embargo, al estar encerrada en la tenebrosa cárcel de la carne terrenal, no tiene la ciencia que es propia de Dios.

12 Lo oye, pues, y lo aprende todo y, aprendiendo y oyendo, adquiere la sabiduría; y la vejez no aminora la sabiduría, sino que la aumenta, con tal de que la edad juvenil haya transcurrido en la virtud; y si la avanzada vejez debilita los miembros, no es defecto del alma el hecho de que la vista venga a menos, o de que la lengua se vuelva torpe y el oído sordo, sino del cuerpo. Pero «la memoria disminuye»⁴⁴. ¿Qué tiene ello de extraño, si la mente decae y olvida el pasado con la ruina de su habitáculo que se desmorona, y si es cierto que no se convertirá en divina más que cuando escape de la cárcel en la que está encerrada?

14 Lucrecio dice: «Está sometida al dolor y al llanto y enloquece con la ebriedad y consiguientemente está claro

15 que es frágil y mortal»⁴⁵. Por ello precisamente son nece-

sarias la virtud y la sabiduría, para que la tristeza, que nos llega cuando sufrimos y vemos cosas indignas, sea rechazada con fortaleza, y para que el deseo, no sólo el de la bebida, sino también el de las demás cosas, sea superado con la abstinencia. Y es que (el alma), si no es virtuosa, si está debilitada por la entrega a los placeres, se someterá a la muerte, puesto que la virtud, según hemos mostrado, es la generadora de inmortalidad, mientras que el placer lo es de la muerte. Y la muerte, como ya dije, no supone 16 la total desaparición y destrucción, sino que es continuada por eternos tormentos. El alma, efectivamente, no puede morir totalmente, puesto que tiene su origen en el espíritu de Dios, que es eterno.

Dice Lucrecio: «El alma participa de las enfermedades 17 del cuerpo, sufre el olvido de sí misma y, de la misma forma que enferma, así también sana con frecuencia»⁴⁶. Por ello, pues, se debe llegar al más alto grado de virtud, 18 para que el alma no sea afectada por dolor alguno del cuerpo y para que sea la mente, y no el alma, la que sufra el olvido de sí misma —la mente, puesto que se asienta en un lugar concreto del cuerpo, cuando alguna enfermedad estropea esa parte, es expulsada y, como sacudida, se aleja de su lugar para volver después, cuando la curación y la salud restauren su morada—; y es que, como el 19 alma está unida al cuerpo, si no tiene virtud, enferma con el contacto del mismo, y la debilidad, producto del contagio, pasa a la mente; pero, cuando se aparta del cuerpo, tendrá fuerza por sí misma y no se verá afectada por ningún tipo de debilidad, porque ya rechazó su frágil indumentaria.

20 Dice Lucrecio: «De la misma forma que el ojo, arran-
cado y separado del cuerpo, no puede ver, así también el
alma, una vez separada, no puede sentir nada, porque ella
21 misma es parte del cuerpo»⁴⁷. Esto es falso y no se puede
comparar una cosa con otra: el alma no es parte del cuer-
po, sino que está en el cuerpo. De la misma forma que
lo que hay en un vaso no es parte del vaso, ni de lo que
hay en una casa se dice que es parte de la casa, así tampo-
co el alma es parte del cuerpo, porque el cuerpo es el vaso
o receptáculo del alma.

22 Mucho más inconsistente es este otro argumento: «Que
el alma, puesto que no sale en un instante del cuerpo, sino
que se retira poco a poco de los miembros empezando por
los pies, parece mortal»⁴⁸. Como si fuese eterna por salir
en un instante, cosa que sucede en los que mueren por
herida de arma. Los que mueren de enfermedad tardan
largo rato en morir, hasta que, enfriados poco a poco los
23 miembros, desaparece totalmente el espíritu vital. Al estar
este espíritu encerrado en la materia de la sangre, como
la luz en el aceite, y al consumirse esa materia con el calor
febril, los miembros extremos empezarán necesariamente a
enfriarse, ya que a los extremos del cuerpo llegan las venas
más delgadas y, al faltar la aportación de sangre en la ve-
24 na, se secan los conductos más extremos y delgados. Sin
embargo, no hay que pensar que se extingue y muere la
sensibilidad del alma porque falte la sensibilidad del cuer-
po, ya que no es el alma la que pierde sensibilidad al faltar
el cuerpo, sino el cuerpo al faltar el alma, que es la genera-
25 dora de toda sensibilidad. Y, si es la presencia del alma
la que da sensibilidad al cuerpo y la que hace que éste

viva, es imposible que ella, que es por sí misma la sensibi-
lidad y la vida, no pueda vivir y sentir por sí misma.

En cuanto a lo que dice de que «si nuestra mente fuera²⁶
inmortal, no se quejaría al desaparecer con la muerte, sino
que, como las culebras, se saldría de esa morada y aban-
donaría su camisa»⁴⁹, yo nunca he visto que se queje al
desaparecer con la muerte. Él quizás vio a algún epicúreo²⁷
filosofando incluso en el momento de la muerte y dando
lecciones sobre la desintegración de sí mismo en el último
momento de su vida. ¿Cómo puede saberse si uno se da²⁸
cuenta de que se está desintegrando o se está liberando
del cuerpo, cuando en la muerte la lengua enmudece? Efec-
tivamente, mientras tiene sensibilidad y puede hablar, to-
davía no se ha desintegrado, y, cuando se ha desintegrado,
ya no puede tener sensibilidad ni hablar; así pues, o bien
no puede todavía quejarse de haber muerto, o bien ya no
puede. Pero «antes de desintegrarse, puede darse cuenta²⁹
de que se va a desintegrar». ¿Qué decir del hecho de que
vemos con frecuencia a moribundos que no se quejan
porque sean desintegrados, como él dice, sino que anun-
cian que se van, que se marchan, que salen de viaje, y
esto lo manifiestan con el gesto o, si pueden, lo dicen con
palabras? De ahí está claro que lo que sucede no es una
desintegración, sino una separación: ello es una prueba de
que el alma permanece.

Los demás argumentos de la doctrina epicúrea repug-³⁰
nan a Pitágoras, quien dice que las almas emigran de los
cuerpos deshechos por la vejez y la muerte, que se introdu-
cen en cuerpos nuevos y neonatos, y que están renaciendo
constantemente, unas veces en un hombre, otras en un ani-
mal, otras en una bestia, otras en un ave; y que, por ello,

son inmortales, ya que están cambiando constantemente el receptáculo de los más variados y diferentes cuerpos.

31 Esta opinión es propia de un loco, ya que es ridícula y más digna de un mimo que de la escuela; ni siquiera es digna de ser refutada con argumentos serios: quien intente refutarla, dará la impresión de que teme que alguien crea eso. Debemos, pues, pasar por alto las falsedades que se aducen para refutar otra falsedad; ya es suficiente refutar lo que se ha dicho contra la verdad.

13 He demostrado, pienso, que el alma
Testimonios de no puede ser destruida. Me queda por citar
los libros testimonios cuya autoridad consolida
herméticos mis argumentos. No incluyo ahora
2 *y sibilinos* como testigos a los profetas, cuyos argu-
en favor de mentos y profecías tienden sólo a ense-
la eternidad ñar que el hombre ha sido creado para
del alma adorar a Dios y recibir de él la inmortalidad; incluyo más bien a aquellos en quienes tendrán que creer quienes desprecien la verdad.

3 Hermes, al describir la naturaleza del hombre, para mostrar cómo hizo Dios al hombre, dice esto: «Y así hizo de ambas naturalezas, la inmortal y la mortal, una sola naturaleza humana, haciéndola por una parte inmortal y por otra mortal, y lo hizo poniéndola a medio camino entre la divinidad, la naturaleza inmortal, y la mortal y cam-
4 biante, para que al verlo todo admirara todo»⁵⁰. Pero quizás alguien considere a Hermes como filósofo —aunque, divinizado, es adorado por los egipcios bajo el nombre de Mercurio—, y no le dé más autoridad de la que se da a Platón y Pitágoras.

Busquemos, pues, un testimonio más importante. Un tal Polites consultó a Apolo Miliesio si el alma seguía vi-
viendo tras la muerte o se deshacía; y Apolo respondió con estas palabras: «El alma, mientras esté forzada en su 6
cárcel mortal, al temer los sufrimientos que pueden destruirla, cede ante dolores mortales; pero cuando tras la corrupción del cuerpo encuentra la rápida liberación del hombre, marcha toda ella hacia el éter, conservando eternamente la juventud, y permanece para siempre indestructible: así lo dispuso la originaria providencia divina»⁵¹. ¿Qué dicen a esto? ¿Acaso los versos sibilinos no declaran que esto será así, cuando dicen que llegará un momento 7
en que Dios juzgue a vivos y muertos? Aduciré ejemplos de estas manifestaciones más adelante. Es, pues, falsa la opinión de Demócrito, Epicuro y Dicearco sobre la destrucción del alma. Éstos, sin duda, no se habrían atrevido a hablar de la muerte del alma en presencia de un mago que supiera que, con determinados sortilegios, las almas salen de los infiernos, se presentan, demuestran que pueden ser vistas por los ojos humanos, hablan y predicen el futuro; y si se atrevieran, serían derrotados por los propios hechos y por los testimonios puntuales. Pero, como 8
no veían la esencia del alma, la cual es tan sutil que no puede ser vista con los ojos de la mente humana, dijeron que moría. Y ¿qué decir de Aristóxeno, que dice que no 9
existe ningún alma, ni siquiera mientras habita en el cuerpo? Dijo que, de la misma forma que las liras producen con la tensión de sus cuerdas un sonido y una música acorde, que los músicos llaman armonía, así también los cuerpos tienen sensibilidad gracias a la perfecta unión de sus

10 órganos internos y al rigor de sus miembros: locura más grande no se puede decir. Sin duda, que él tenía los ojos sanos, pero el corazón ciego, ya que éste no le sirvió para ver que vivía y que tenía inteligencia, con la cual ideó este pensamiento. Pero esto les sucedió a muchos filósofos: que pensaron que no existía lo que no se ve con los ojos, cuando los ojos de la mente deben ser más lúcidos que los del cuerpo para ver aquellas cosas cuya fuerza y naturaleza, más que verse, se sienten.

14 Puesto que ya hemos hablado de la inmortalidad del alma, sigue ahora mostrar hasta qué punto y cuándo se le concede al hombre esa inmortalidad, para que también en esto vean los errores de su maldad y estolidez quienes piensan que los dioses no son sino hombres convertidos en dioses por decisión y consentimiento de los hombres, ya porque descubrieron las artes, ya porque enseñaron el cultivo de algunos frutos, ya porque entregaron al hombre utensilios vitales, ya porque mataron enormes bestias. Sobre lo alejados que están estos méritos de la inmortalidad, ya hablamos en los primeros libros y hablaremos ahora para que quede claro que es sólo la justicia la que da al hombre la vida eterna y que sólo es Dios quien concede el premio de la vida eterna. Efectivamente, aquellos que, según dicen, se convirtieron en inmortales gracias a sus méritos, dado que en ellos no hubo ni justicia ni ninguna virtud auténtica, consiguieron con sus pecados y placeres, no la inmortalidad, sino la muerte, y no merecieron el premio del cielo, sino los suplicios del infierno, suplicios que soportarán juntamente con todos sus fieles. Demostraré que se acerca ya el día de ese juicio, en el que a los justos se les concederá el premio digno y a los impíos se les con-

*Fecha del
final del mundo*

denará al castigo merecido. Platón y otros muchos filósofos, al ignorar el origen de las cosas y el momento supremo en que el mundo fue hecho, dijeron que habían pasado muchos miles de siglos desde el origen del bellissimo adorning del mundo; tal es probablemente el caso de los caldeos, que, según transmite Cicerón en el libro primero de *Sobre la adivinación* ⁵², dicen delirando que ellos tienen recogidos en sus historias cuatrocientos setenta mil años: como pensaban que nadie podía refutarles en este tema, se creyeron que podían mentir libremente. Nosotros, sin embargo, que hemos sido instruidos en la ciencia de la verdad por las letras divinas, conocemos el comienzo del mundo y su final: de esto hablaremos ahora al final de la obra, puesto que de su comienzo disertamos en el libro segundo. Que sepan, pues, los filósofos que dicen que han pasado 6 mil siglos desde el comienzo del mundo que todavía no se ha cumplido el año seis mil; una vez que se cumpla este número, vendrá necesariamente el final, y la situación humana cambiará a mejor. Lo primero que hay que exponer son las razones de esta afirmación, para que resplandezca la verdad.

Dios acabó el mundo y esta admirable obra de la naturaleza en seis días, según se dice en los antiguos testimonios de las Sagradas Escrituras, y santificó el séptimo día, en el que descansó de sus trabajos. Este día es el sábado, 8 término que en lengua hebrea deriva del número siete; de ahí que el número siete sea perfecto y completo ⁵³. Efectivamente, siete son los días que, tras repetirse sucesivamente, completan el curso de los años; siete las estrellas que no desaparecen, siete los astros llamados errantes, cuyas

dispares carreras y desiguales movimientos determinan, según la creencia popular, los cambios en las cosas y en el tiempo. Así pues, dado que Dios hizo su obra en seis días, el mundo permanecerá necesariamente en este estado seis siglos, es decir, seis mil años⁵⁴, ya que el gran día de Dios acaba en un ciclo de mil años, como dice el profeta con estas palabras: «Señor, mil años ante tus ojos, como un día»⁵⁵. Y de la misma forma que Dios trabajó durante aquellos seis días en la creación de tan grandes cosas, su religión y su verdad así también tendrá que trabajar en medio de ellas durante seis mil años, durante los cuales prevalece y domina la maldad. Y, de la misma forma, puesto que él, tras la realización de sus obras, descansó y bendijo al séptimo día, necesariamente sucederá que tras el sexto milenio será abolida de la tierra toda maldad, reinará durante mil años la justicia y cesarán y desaparecerán los esfuerzos que el mundo soporta desde hace ya mucho tiempo.

12 Pero explicaré por su orden cómo sucederá esto. Muchas veces hemos dicho que las cosas pequeñas e insignificantes son símbolos y premoniciones de cosas grandes; así este día nuestro, que tiene sus límites en la salida y en la puesta del sol, es el símbolo del gran día que dura mil años. De igual forma, el símbolo del hombre terrenal anunciaba para la posteridad la llegada del pueblo celestial. Efec-

tivamente, de la misma forma que Dios, una vez creadas las cosas útiles para el hombre, creó por último en el sexto día al propio hombre y le colocó en este mundo como en una casa extraordinariamente adornada, así ahora, en el sexto gran día será creado el hombre verdadero por la palabra de Dios, es decir, el pueblo santo será convertido hacia la justicia por la doctrina y los preceptos de Dios. Y de la misma forma que entonces el hombre fue creado mortal e imperfecto en la tierra, para que viviera mil años en este mundo, así ahora desde este mundo terrenal es creado el hombre perfecto, para que vivificado por Dios domine en este mismo mundo durante mil años. En cuanto a la forma en que ha de suceder la consumación y la clase de fin que espera a la situación humana actual, lo sabrá quien haya recorrido las Sagradas Escrituras. De todas formas, las voces de los profetas de este mundo, concordes con las palabras del cielo, anuncian el final y el ocaso de esta situación en breve tiempo, al describir la extrema vejez de un mundo que ya está casi fatigado y en ruinas. Añadiré ahora, recopilándolo y reuniéndolo de todos los profetas y vates paganos, lo que va a suceder antes de que llegue ese último final.

*Desastres que
ocurrirán
antes del fin
del mundo:
la desaparición
del Imperio
Romano*

Se dice en los libros antiguos de las Sagradas Escrituras que el príncipe de los hebreos pasó a Egipto con toda su casa y familia, presionado por la escasez de alimentos. Sus descendientes, nacieron largo tiempo en Egipto, se convirtieron en un gran pueblo y fueron sometidos al pesado e inaguantable yugo de la esclavitud; por ello, Dios azotó a Egipto con incurables plagas y liberó a su pueblo llevándolo por medio del mar: efectivamente, el pueblo pasó a pie enjuto tras haber sido separadas

3 las olas y apartadas a uno y otro lado. Y el rey de los egipcios, al intentar perseguir a los que huían, fue aniquilado juntamente con todo su ejército al volver las aguas a su estado. Este hecho tan extraordinario y admirable, si bien en aquel momento demostró a los hombres el poder de Dios, fue también el anuncio y el símbolo de un hecho mayor, que el propio Dios va a protagonizar al final de los tiempos: liberará, en efecto, a su pueblo de la pesada esclavitud del mundo. Pero entonces, como era uno solo el pueblo de Dios y sus relaciones eran también con un solo pueblo, sólo Egipto fue golpeado; ahora, sin embargo, puesto que el pueblo de Dios está formado por gentes de todas las lenguas, mora entre todos los pueblos y está sometido al dominio de éstos, necesariamente serán azotados por las plagas celestiales todos los pueblos, es decir, todo el mundo, para que el pueblo justo y fiel a Dios sea liberado. Y de la misma forma que entonces hubo señales que anunciaron a los egipcios los futuros desastres, así ahora, al final, sucederán admirables prodigios en todos los fenómenos del mundo, prodigios que darán a entender a todos los pueblos el inminente final.

7 Al acercarse, pues, el final de este mundo cambiará necesariamente la situación de la humanidad, y la maldad, envalentonada, irá a peor, de forma que esta época nuestra, en la que la iniquidad y la maldad han crecido hasta un grado sumo, podrá ser considerada como feliz y casi dorada en comparación con aquel irreparable desastre. Efectivamente, hasta tal punto escaseará la justicia y hasta tal punto aumentarán la impiedad, la avaricia, la ambición y el deseo carnal, que si por casualidad existen entonces hombres buenos, serán presa de los criminales y serán maltratados por todas partes por los malvados, mientras que sólo los malos serán ricos y los buenos caerán en todo tipo

de ataques y necesidades. Será destruido todo derecho y 9 desaparecerán las leyes. Nadie tendrá entonces nada más que lo que consiga y proteja con sus manos; los osados y los violentos lo poseerán todo. En los hombres no habrá fidelidad, ni paz, ni sentimiento humanitario, ni pudor, ni verdad, y así, no habrá seguridad, ni protección, ni descanso frente a los malos. Habrá tumultos por toda la 10 tierra, bramarán guerras por todas partes, se pondrán en armas todos los pueblos y se enfrentarán entre sí; guerrearán entre sí las ciudades vecinas y Egipto será la primera nación que pague las culpas por sus necias supersticiones y que sea anegada en sangre como por un río. La espada 11 recorrerá la tierra arrasándolo todo y asolándolo todo, como si de mies se tratara. El motivo de esta devastación y destrucción será éste: el nombre de Roma, que ahora domina sobre el mundo —horroriza decirlo, pero lo diré, porque así va a suceder—, será arrancado de la tierra, el imperio volverá a Asia ⁵⁶, y de nuevo el oriente dominará y el occidente será esclavo. Y a nadie debe extrañar que 12 un imperio que tiene tan sólidos cimientos, que ha crecido durante tanto tiempo gracias a tantos y tan extraordinarios hombres y que finalmente se ha consolidado con tantos recursos, termine algún día en la ruina. Y es que no hay nada hecho por fuerzas humanas que no pueda ser destruido igualmente por fuerzas humanas, ya que las obras de los mortales son mortales. Así sucedió que otros imperios, 13 a pesar de haber florecido largo tiempo, desaparecieron. Efectivamente, se nos ha transmitido que los egipcios, los persas, los griegos y los asirios gobernaron sobre la tierra: tras la destrucción de todos ellos, el imperio llegó a los

romanos; y éstos, en la misma medida en que superan a todos los demás reinos en magnitud, en esa misma medida será mucho mayor su caída, ya que lo que está más alto
14 que lo demás cae con más peso. No sin razón distribuyó Séneca los tiempos de la historia romana en edades con estas palabras: «La primera infancia tuvo lugar bajo el reinado de Rómulo, por el cual fue engendrada y casi criada Roma; la niñez tuvo lugar bajo los otros reyes, con los cuales creció y se formó en múltiples disciplinas y principios; sin embargo, bajo el reinado de Tarquinio, cuando empezó ya casi a ser adulta, no soportó la esclavitud y, rechazando el yugo del tiránico régimen monárquico, prefirió obedecer a leyes antes que a reyes; y una vez que terminó su adolescencia a finales de la guerra púnica em-
15 pezó al fin la juventud consolidando sus fuerzas»⁵⁷. Destruída, pues, Cartago, que durante tan largo tiempo había sido la rival del imperio, éste extendió sus tentáculos a todo el orbe por tierra y mar, hasta que, una vez sometidos a su imperio todos los reyes y naciones, al faltarle materia de guerra, hizo un mal uso de sus propias fuerzas, con
16 las cuales se consumió a sí misma. Ésta fue la primera vejez; después, tras haber sido lacerada por guerras civiles y oprimida por males internos, volvió de nuevo al régimen monárquico⁵⁸, volviendo, por así decir, a una segunda infancia. Y es que, perdida la libertad que había defendido bajo el liderazgo y patrocinio de Bruto, envejeció de tal forma que daba la impresión de que no podía sustentarse por sí misma si no se apoyaba en el bastón de sus gobernantes. Y si todo esto es así, ¿qué queda sino que a la

vejez siga la muerte? Que esto va a suceder pronto lo anuncian las palabras de los profetas mediante rodeos perifrásticos, para que nadie pueda entenderlo fácilmente. Las
18 Sibilas, sin embargo, dicen claramente que «Roma va a perecer y que lo hará por juicio de Dios, porque ella odiará el nombre de Dios y, convirtiéndose en enemigo de la justicia, atormentará al pueblo alimentado en la verdad»⁵⁹. También Histaspes, que fue un antiquísimo rey de los
19 medos, transmitió a la posteridad un extraño sueño interpretado por un niño: «Que será arrancado del mundo el imperio y el nombre de Roma»; y esto lo profetizó mucho antes de que fuera fundada la famosa Troya.

Mostraré cómo sucederá esto, para
16 *Otros desastres que nadie piense que ello es increíble. En*
que ocurrirán primer lugar, serán muchos los que os-
al llegar tenten el poder; y el poder sumo, al dis-
el fin del mundo *parse y caer en manos de muchos, dis-*
minuirá. Entonces aparecerán para siempre discordias
civiles y no habrá descanso en las mortíferas guerras, hasta
que aparezcan diez reyes con idéntico poder, los cuales se
repartirán el orbe de las tierras, no para gobernarlo, sino
para aniquilarlo. Éstos, engrosando mucho sus ejércitos 2
y olvidando el cultivo de los campos —lo cual supone el
primer paso de la destrucción y del desastre—, lo arruina-
rán, lo aniquilarán y lo devorarán todo. Entonces se levan-
3 tará de pronto contra ellos, desde los límites extremos del
septentrión, un enemigo poderosísimo, el cual, tras des-
truir a tres de aquellos reyes —los cuales habrán obtenido
Asia—, se asociará a los otros, convirtiéndose en el prime-
ro de todos. Éste arrasará el orbe con tiranía irrechazable, 4
mezclará lo divino y lo humano, tramará acciones execra-

bles e inenarrables, revolverá en su pecho nuevos planes para convertir el Imperio en propiedad exclusiva suya, cambiar las leyes de los otros y ratificar las suyas, contaminará, robará, despojará, matará; finalmente, cambiando el nombre y la sede del imperio, seguirá la confusión y turbación del género humano. Entonces llegará una época detestable y abominable, en la que ningún hombre será feliz. Serán destruidas las ciudades desde sus cimientos y caerán, no sólo por asaltos e incendios, sino también por terremotos constantes, inundaciones, pestes frecuentes y hambre perpetua. Y es que también el aire se viciará y se hará corrupto y pestilente, ya por inoportunas lluvias, ya por estériles sequías, ya por fríos o calores excesivos; y la tierra no dará frutos al hombre. Ni la espiga, ni los árboles, ni las vides darán frutos, sino que proporcionarán grandes esperanzas en época de floración, pero decepcionarán en la cosecha. También las fuentes y los ríos se secarán, para que no haya ni siquiera bebida; y las aguas se convertirán en sangre y en amargo líquido. Por otro lado, faltarán en la tierra los animales, en el aire las aves y en el mar los peces. Extraños fenómenos celestes aterrorizarán mucho las mentes de los hombres: cabelleras en los cometas, tinieblas en el sol, el color de la luna, y caída de estrellas. Y estos fenómenos no ocurrirán de la forma que han ocurrido otras veces, sino que aparecerán de pronto ante nuestros ojos astros desconocidos y no vistos antes. El sol oscurecerá para siempre, de forma que apenas habrá diferencia entre el día y la noche; la luna ya no se pondrá durante tres horas, sino que, manchada constantemente de sangre, hará recorridos extraños, para que el hombre no pueda conocer ni el curso de las estrellas ni el significado de los tiempos: vendrá, en efecto, el verano en invierno, o el invierno en verano. Entonces los años se acortarán,

los meses serán más breves y los días más cortos; y las estrellas caerán en gran abundancia, de forma que el cielo quedará totalmente ciego al no haber en él ninguna luz. Caerán también los montes más altos y serán igualados con las llanuras; el mar será no navegable. Y para que no les falte nada a los malvados y a la tierra, se oirá desde el cielo una trompeta; esto lo anuncia la Sibila con estas palabras: «Una trompeta lanzará un sonido lamentable desde el cielo»⁶⁰. Así pues, todos trepidarán y temblarán ante ese lamentable sonido. Entonces, la ira de Dios se desatará contra aquellos que no han conocido la justicia; el hierro, el fuego, el hambre y la enfermedad se ensañarán; y sobre todas las cosas amenazarán constantemente el miedo. Rogarán entonces a Dios y éste no les oirá; se deseará que llegue la muerte y ésta no vendrá; ni siquiera la noche dará tregua al miedo, ni el sueño cerrará los ojos, sino que la preocupación y el insomnio azotarán las almas de los hombres; llorarán, gemirán, rechinarán los dientes, se alegrarán por los muertos y llorarán a los vivos. Con estas y otras muchas desgracias la tierra quedará sola y el mundo quedará arrasado y desierto: esto es anunciado en los poemas de la Sibila con estas palabras: «El cosmos quedará desordenado con el desastre humano»⁶¹. Efectivamente, el género humano se agotará hasta tal punto que sólo quede una décima parte de seres humanos, y que, de donde salían mil, apenas salgan cien. Incluso de entre los fieles de Dios morirán dos partes, quedando una tercera, que habrá sido la aceptada.

*Más detalles
sobre el
final del mundo*

Pero expondré con más detalle cómo sucederá esto. Cuando se acerque ya el final de los tiempos, Dios enviará un gran profeta que convertirá a los hombres hacia el conocimiento de Dios y recibirá la facultad de hacer milagros. Allí donde los hombres no le escuchen, él tapaná el cielo y no dejará caer las lluvias, convertirá el agua en sangre y los atormentará con sed y hambre, y, si alguien intenta hacerle daño, lanzará fuego por su boca y le quemará. Con estos prodigios y milagros convertirá a muchos al culto de Dios. Terminadas sus obras, surgirá otro rey de Siria, engendrado por el espíritu malo, destructor y corruptor del género humano, el cual aniquilará al anterior rey malvado ⁶² juntamente con lo que éste ha dejado. Luchará contra el profeta de Dios, le vencerá, le matará y consentirá que permanezca sin sepultura; pero este profeta resucitará al tercer día y, ante la mirada y admiración de todos, será arrebatado hacia el cielo. Aquel rey horrible permanecerá, sin embargo, aunque, como profeta de embustes, se constituirá y se llamará a sí mismo Dios, y ordenará que se le adore como hijo de Dios. Y se le dará la facultad de hacer milagros y prodigios con cuya contemplación los hombres serán engañosamente inducidos a adorarle. Ordenará que baje fuego del cielo, que el sol se pare en su carrera, y que las estatuas hablen; y esto sucederá por su palabra: con estos milagros serán engañados por él incluso muchos sabios. Entonces intentará destruir el templo de Dios, perseguirá al pueblo justo y tendrá lugar una presión y postración como no ha habido desde el comienzo del mundo. Quienes crean y se acerquen a él, serán marcados como corderos; pero quie-

nes rechacen su señal, o bien tendrán que huir a los montes, o bien, tras ser prendidos, morirán en medio de crueles tormentos. Él mismo tapaná a los justos con los libros de los profetas y, así tapados, los quemará. Y se le permitirá asolar el orbe de la tierra en cuarenta y dos meses. Éste será el tiempo que tarde en ser expulsada la justicia y en convertirse en odio la inocencia; el tiempo en que los malvados harán hostilmente violencia en los buenos. En la milicia no se observará la ley, el orden, ni la disciplina; no se respetará a los ancianos; no se practicará el cariño familiar; no habrá compasión de mujeres y niños: todo se confundirá y mezclará, en contra de toda ley divina y derecho natural. De esta forma, como si se tratara de un solo y común pillaje, toda la tierra será asolada. Cuando esto suceda, los justos y seguidores de la verdad se apartarán de los malos y huirán al desierto. Al enterarse de ello, ese impío rey, airado, vendrá con un gran ejército y, colocando todas sus tropas, rodeará el monte en el que se asientan los justos, para prenderlos. Ellos, por su parte, al darse cuenta de que están cercados y asediados por todas partes, llamarán a su Dios con gran voz y pedirán auxilio al cielo; Dios les escuchará y les enviará desde el cielo un gran rey, que los sacará de allí, los librará y aniquilará a todos los impíos con hierro y fuego.

*El final
del mundo
está ya anunciado
en los libros
herméticos
y sibilinos*

Que esto va a suceder así lo anunciaron tanto los profetas inspirados por Dios como los adivinos inspirados por los demonios. Efectivamente, Histaspes, a quien he citado más arriba ⁶³, tras describir la maldad de esos últimos tiempos, dice que «los fieles y piadosos, apartados de los culpables, extende-

rán entre gemidos y llantos sus manos al cielo e implorarán la ayuda de Júpiter; y Júpiter mirará hacia la tierra, oírás las voces de los hombres y aniquilará a los impíos». Todo esto es cierto, excepto en un detalle: que dijo que esas cosas, cuyo protagonista será Dios, las hará Júpiter.

3 Pero también esto ha sido silenciosamente anunciado, no sin engaño por parte de los demonios: que el padre enviará a su propio hijo para que, aniquilando a todos los malvados, libere a los buenos.

4 Hermes, sin embargo, no anduvo con disimulos a la hora de anunciar esto. Efectivamente, en el libro titulado *La palabra perfecta*, tras enumerar las desgracias citadas, añade esto: «Asclepio, cuando sucedan estas cosas, el señor Dios padre, espíritu del primero y único Dios, contemplando los hechos, oponiendo su voluntad, es decir su benignidad, a la corrupción, rechazando el error, y purgando la maldad, ya lavándola con agua abundante, ya cauterizándola con fuego rapidísimo, ya azotándola con frecuentes guerras y pestes, restaurará y devolverá su mundo a su antiguo estado»⁶⁴.

5 También las Sibilas anuncian que el hijo será enviado por el padre sumo para liberar a los justos de las manos de los impíos y aniquilar a los injustos juntamente con
6 los crueles tiranos. Una de ellas dice así: «Vendrá, y persiguiendo a los buenos despoblará la ciudad; y un rey, enviado por Dios contra éste, destruirá a todos los grandes reyes y a los hombres poderosos; después tendrá lugar el
7 juicio de Dios inmortal sobre los hombres»⁶⁵. Y otra Sibila dice así: «Y entonces Dios enviará desde el cielo un rey, que hará desaparecer de toda la tierra las malvadas

guerras»⁶⁶. Y otra más dice así: «He aquí que vendrá benévolo, para quitarnos el insoportable yugo de la servidumbre colocado sobre nuestro cuello, y desatará las leyes impías y las ataduras violentas»⁶⁷.

Así pues, en el momento en que el
19 orbe de la tierra sea atacado, los hombres no tendrán fuerzas para destruir la enorme presión de la tiranía, ya que el tirano, tras apoderarse del mundo, se asentará sobre él con sus grandes ejércitos de sicarios; en ese momento, toda esa calamitosa situación necesitará de la ayuda divina. Pues bien, Dios, conmovido por el angustioso peligro y los lamentables llantos de los justos, enviará inmediatamente un libertador. Entonces, en medio de la noche tempestuosa y tenebrosa, se abrirá el cielo por la mitad, para que en todo el orbe aparezca, como un relámpago, la luz enviada por Dios; esto lo anunció ya la Sibila con estas palabras: «Cuando llegue, surgirá una luz brillante en medio de la noche oscura». Ésta es la noche
3 que nosotros celebramos en vela por la venida de nuestro rey y Dios; esta noche tiene un doble significado: en ella recibió la vida mediante la pasión y en ella recibirá después el mando sobre la tierra. Y es que este libertador, juez,
4 vengador, rey y Dios es ese al que nosotros llamamos Cristo, el cual, antes de bajar, nos dará esta señal: caerá de
5 repente del cielo una espada, para que sepan los justos que va a descender el líder de la milicia santa: y él bajará sobre la tierra acompañado de ángeles, le precederá una llama inagotable, y la fuerza de los ángeles pondrá en manos de los justos a aquella multitud que se había asentado

*Derrota del
Anticristo*

en la ladera del monte ⁶⁸, y esta multitud será masacrada desde la hora tercera ⁶⁹ hasta la tarde, y correrá un torrente de sangre: y, derrotadas todas las tropas, el malvado huirá solo y le faltará su fuerza. Éste es el llamado Anticristo; pero se asemejará ficticiamente a Cristo, luchará contra el verdadero Cristo, huirá tras ser derrotado, renovará con frecuencia la lucha y será frecuentemente vencido, hasta que, derrotado y capturado en la cuarta batalla, en la que serán aniquilados todos los impíos, pague por fin el castigo por sus crímenes. Y también los otros reyes y tiranos que asolaron la tierra, apresados juntamente con él, serán llevados ante el rey, quien los increpará y les echará en cara y reprobará sus crímenes, los condenará y entregará a merecidos tormentos. Eliminada así la maldad y reprimida la impiedad, el mundo descansará, tras haber estado sometido durante siglos al error y al crimen, y haber soportado nefanda esclavitud. Ya no serán adorados los dioses hechos por la mano del hombre, sino que sus estatuas, sacadas de sus templos y sedes, serán entregadas al fuego y arderán junto con todos sus maravillosos regalos. Ya la Sibila, coincidiendo con los profetas, dijo que esto iba a suceder: «Los hombres destrozarán las imágenes y todas sus riquezas» ⁷⁰. La Sibila de Eritrea profetizó también lo mismo: «Las estatuas de los dioses hechas por las manos de los hombres serán quemadas» ⁷¹.

*Sólo serán
juzgados los que
han conocido
a Dios;
los que no le
han conocido
ya están
condenados.
Tipos de castigos
y sufrimientos*

Tras ello se abrirán los infiernos y se levantarán los muertos, para ser juzgados, en un gran juicio, por ese mismo rey y Dios al que el sumo padre concederá el máximo poder de juzgar y reinar. Sobre este juicio y reinado encontramos lo siguiente en la Sibila de Eritrea: «Pero cuando este día alcance su fatal final, vendrá sobre los hombres el juicio del Dios inmortal, y vendrá sobre los hombres un gran juicio y reinado» ⁷². Y otra Sibila dice: «Entonces la tierra agrietándose mostrará el caos del Tártaro y todos vendrán al tribunal del Dios rey» ⁷³. Y la misma Sibila dice en otro lugar: «Daré la vuelta al cielo, abriré las entrañas de la tierra y entonces haré resucitar a los muertos desatando el destino y los lazos de la muerte; y después lo llevaré a juicio, juzgando la vida de los justos e injustos» ⁷⁴.

Y, sin embargo, no todos serán entonces juzgados por Dios, sino sólo aquellos que han conocido la religión de Dios, puesto que quienes no conocieron a Dios, dado que no pueden obtener sentencia absolutoria, ya han sido juzgados y condenados, según atestiguan las Sagradas Escrituras: «Los impíos no resucitarán para juicio» ⁷⁵. Serán, pues, juzgados quienes conocieron a Dios; sus pecados, es decir, sus malas acciones, serán sopesados con las buenas, de forma que, si las obras buenas y justas son más numerosas e importantes, serán destinados a la vida feliz,

pero si ganan las malas acciones, serán condenados al
7 castigo. Quizás alguien diga aquí: «Si el alma es inmortal,
¿cómo se supone que es sensible al dolor y al castigo?;
y es que, si es castigada con razón, será sensible al dolor
y también a la muerte; si no está sometida a la muerte,
tampoco lo estará al dolor; luego no es sensible al dolor».
8 A esta cuestión o razonamiento responden los estoicos
así ⁷⁶: las almas de los hombres sobreviven y no son ani-
quiladas con la muerte; ahora bien, las de aquellos que
fueron buenos, volverán puras, impasibles y felices a la
sede celestial de donde salieron, o bien serán llevadas a
paraísos afortunados, donde disfrutarán de extraordinarios
9 placeres; las impías, sin embargo, puesto que están man-
chadas por los malos placeres, adquirirán una naturaleza
intermedia entre la inmortalidad y la mortalidad, serán en
esta medida débiles por el contagio de la carne y sometidas
a los deseos y placeres de ésta, portarán una especie de
indeleble falta y mancha terrena; y cuando esta mancha
se ha adherido totalmente al alma por permanecer largo
tiempo en ella, las almas se hacen semejantes a ella, de
forma que, si bien no son totalmente mortales, puesto que
proceden de Dios, sí se vuelven sensibles al tormento a
través de la mancha de su cuerpo, que es la que, grabada
10 por los pecados, produce la sensación de dolor. Esta idea
la explicó el poeta con las siguientes palabras: «Es más,
ni siquiera cuando el alma abandona al cuerpo en la muer-

te desaparecen radicalmente para los míseros hombres
todos los males y todos los sufrimientos corporales; es for-
zoso que las culpas contraídas durante largo tiempo se man-
tengan de forma extraordinaria. Las almas, pues, serán cas-
tigadas y pagarán el suplicio de sus viejos males» ⁷⁷. Esto ¹¹
es casi totalmente cierto; y es que el alma, cuando se sepa-
ra del cuerpo, es, como dice el mismo poeta, «igual al leve
viento y muy semejante al veloz sueño» ⁷⁸, ya que el espi-
ritu, por su ligereza, es intangible; pero lo es para nos-
otros, que somos corporales; para Dios, sin embargo, que
lo puede todo, es tangible.

Lo primero, pues, que decimos es que ²¹
el poder de Dios es tan grande que inclu-
so puede tocar lo incorpóreo y tocarlo de
la forma que él quiera. Efectivamente, in-
cluso los ángeles temen a Dios, ya que
pueden ser castigados por él de una for-
ma que no podemos describir; y le temen
los demonios, ya que son atormentados
y castigados por él. ¿Qué tiene, pues, de ²
extraño que las almas, a pesar de ser
inmortales, sean susceptibles de ser castigadas por Dios?
Efectivamente, como no tienen en sí mismas nada sólido
ni tangible, no pueden recibir violencia alguna de seres sólidos
y corpóreos; pero, como moradoras que son sólo de
los espíritus, son tangibles sólo por Dios, que es el único
que tiene fuerza y sustancia espirituales. De todas formas, ³
las Sagradas Escrituras nos enseñan cómo pagarán su cas-
tigo los impíos; efectivamente, dado que cometieron los
pecados estando en los cuerpos, se revestirán de nuevo de

*Las almas
de los impíos
serán castigadas
en la carne que
recuperarán
tras el juicio;
pero no es
la misma carne
que tuvieron
en este mundo*

la carne, para expiar sus crímenes en los cuerpos; y, sin embargo, esa carne que va a poner de nuevo Dios sobre el hombre no es semejante a la carne terrena, sino que es una carne indisoluble y eterna, para que pueda ser eternamente pasto de los tormentos y del fuego, fuego cuya naturaleza es distinta a la del fuego que nosotros usamos para nuestra vida, el cual se extingue si no es alimentado por madera; aquel fuego divino, sin embargo, vive eternamente por sí solo, tiene fuerza sin necesidad de alimento y no produce humo, sino que es puro, transparente y fluido como el agua; no es, en efecto, lanzado hacia arriba por ninguna fuerza, cosa que sí ocurre con este fuego como el nuestro, al que la corrupción del cuerpo en que está contenido y el humo que va con él mezclado le obligan a subir hacia arriba y volar hacia el cielo en móviles trepidaciones. Pues bien, ese fuego divino quemará a los impíos con una sola y constante fuerza y potencia, restaurándolos constantemente y reponiendo todo lo que tome de sus cuerpos, suministrándose a sí mismo pasto eterno. Es la cualidad que los poetas dieron al buitre de Ticio⁷⁹. Así, sin detrimento de los cuerpos, que están constantemente recuperándose, ese fuego sólo quema y produce dolor. Incluso los justos, cuando sean juzgados por Dios, serán echados al fuego; y aquellos en los que los pecados sean importantes en número o gravedad serán azotados y quemados por el fuego, pero aquellos que hayan madurado en una justicia plena y en una virtud madura no serán sensibles a ese fuego, ya que tienen dentro de ellos algo de divino, lo cual repelerá y rechazará la violencia

del fuego. Tanta es la fuerza de su inocencia que el fuego huye de ella sin tocarla; y es que ese fuego recibió de Dios esta facultad: la de quemar a los impíos y la de reprimirse ante los justos.

Nadie piense, sin embargo, que las almas son juzgadas inmediatamente después de la muerte: todas permanecen en una sola y común vigilancia hasta el momento en que el gran juez examine sus méritos. Entonces, aquellos cuya bondad sea aceptada, recibirán el premio de la inmortalidad, mientras que aquellos en los que se encuentren pecados y crímenes no resucitarán, sino que serán encerrados con los impíos en las mismas tinieblas teniendo como destino suplicios seguros.

Algunos, que no saben de dónde han tomado los poetas estas ideas, piensan que todo ello es invención de los mismos y dicen que esto no puede suceder: y no es extraño que piensen esto. Y es que lo que transmiten los poetas no se ajusta a la realidad: efectivamente, a pesar de ser mucho más antiguos que los historiadores, oradores y demás escritores, sin embargo, al desconocer el misterio del secreto divino y llegar hasta ellos, a través de un oscuro rumor, la alusión a una futura resurrección, transmitieron esta alusión, oída por ellos casual y tenuemente, convertida en una especie de fábula imaginaria. A pesar de todo, ellos mismos dan testimonio de que siguen, no a un autor concreto, sino una opinión, como dice Marón: «Permítaseme decir lo que he oído»⁸⁰. Pues bien, a pesar de que en parte han corrompido los secretos de la verdad, sin embargo, lo que nos transmiten los poetas es verdadero en la medida en que coincide con

*Los poetas
también hablan
del juicio final*

los profetas: éste es para nosotros un criterio suficiente para demostrar la verdad; de todas formas, en sus errores
5 subyace siempre algo de razón. Así, por ejemplo, mientras que los profetas anunciaron en constantes manifestaciones que el hijo de Dios iba a venir a juzgar a los muertos y a pesar de que este anuncio no era desconocido por los poetas, éstos, puesto que pensaban que el Dios soberano del cielo no era otro que Júpiter, nos transmitieron que el juez de los infiernos era el hijo de Júpiter, pero no Apolo, o Líber, o Mercurio, que son considerados como celestiales, sino uno que fue mortal y justo, como Minos, o
6 Eaco, o Radamanto. Cambiaron, pues, en aras de la licencia poética, la tradición que habían recibido, o bien fueron las distintas conjeturas lanzadas por diferentes escritores
7 y en diversos escritos las que cambiaron la verdad. Así, la idea de que, pasados mil años en los infiernos, los muertos volverán de nuevo a la vida —idea transmitida por Marón en estos versos: «Cuando han pasado mil años, Dios llama a todas estas almas junto al río Leteo a un lugar en que se reúnen en gran cantidad, a fin de que, tras perder todo recuerdo del pasado, vuelvan a ir a ver la bóveda del cielo y empiecen a querer volver a los cuerpos»⁸¹—,
8 esa idea les falló en esto: en que los difuntos resucitarán, no después de mil años tras su muerte, sino después de haber reinado mil años con Dios, una vez restituidos de nuevo a la vida. Dios vendrá, pues, para, una vez purgado este mundo de toda corrupción, llevar a la eterna felicidad a las almas de los justos resucitadas en cuerpos renovados.
9 Así pues, exceptuando lo del agua del olvido, en lo demás acertaron; y eso del agua lo inventaron para que nadie les dijera: «¿Por qué no se acuerdan de que vivieron en

otro tiempo, o quiénes fueron, o qué hicieron?». Lo que pasa es que toda su historia es considerada como inverosímil y es rechazada como inventada con excesiva libertad e imaginación. A nosotros, sin embargo, que al hablar
10 de la resurrección afirmamos y enseñamos que las almas volverán a la nueva vida en la misma forma y figura sin olvidarse de su situación anterior, se nos objeta esto: «Ya han pasado muchos siglos; ¿quién ha vuelto de los infiernos, aunque sea uno solo, para que con su ejemplo creamos que esto es posible?». Pero es que la resurrección
11 puede ocurrir mientras impere todavía la maldad; y en esta época nuestra los hombres son todavía matados con violencia, armas, asechanzas y venenos, y padecen injurias, necesidades, prisión, tormentos y proscripciones. A ello
12 se suma que la justicia es odiada, ya que todos los que desean seguir a Dios no sólo son odiados, sino que son vejados con todo tipo de injurias, atormentados con múltiples formas de tortura y obligados a adorar a dioses, hechos por manos humanas, no con la razón o la verdad, sino con nefandas laceraciones de sus cuerpos. Así pues,
13 ¿es oportuno que los hombres resuciten a una situación como ésta y vuelvan a una vida en la que no pueden estar seguros? Si los justos son tan impunemente injuriados y torturados, ¿qué sucedería si alguien, volviendo del otro mundo, recuperara la vida de nuevo? Inmediatamente
14 sería arrancado de la presencia de los hombres, no fuera a ser que, al verle y oírle, todos los demás abandonarían a los dioses y se entregarían al culto y religión del único Dios. Consiguientemente, la resurrección ocurrirá necesaria-
15 mente sólo una vez —cuando el mal haya sido eliminado, ya que los que resuciten no podrán ya morir de nuevo ni ser ultrajados—, para que aquellos cuya muerte haya sido borrada puedan llevar una vida feliz. Los poetas,
16

sin embargo, puesto que sabían que este mundo nadaba en multitud de males, inventaron lo del río del olvido, no fuera a ser que las almas, recordando las desgracias y los trabajos, rechazaran volver a la superficie. De ahí que Virgilio diga: «Padre, ¿hay que pensar que algunas de estas sublimes almas irán desde aquí hacia arriba y volverán de nuevo a los pesados cuerpos? ¿A qué viene tan cruel deseo de luz en estas desgraciadas?»⁸². Y es que ignoraban cómo y cuándo sucedería esto, de forma que pensaron que resucitarían, que volverían de nuevo a nacer y regresarían a la infancia. De ahí que Platón, al hablar del alma, diga: «Puede saberse que las almas son inmortales y divinas por esto: porque en los niños la inteligencia es ágil y pronta para la intelección, ya que lo que aprenden lo entienden con tal rapidez, que dan la impresión de que no lo están aprendiendo entonces por primera vez, sino que lo reconocen y recuerdan»⁸³. En este asunto, este hombre sabio dio absurdamente crédito a los poetas.

23 *Testimonios de Crisipo y de la Sibila sobre la resurrección de las almas*

No volverán, pues, a nacer —cosa que es imposible—, sino que resucitarán, serán revestidas por Dios de sus cuerpos, se acordarán de su vida anterior y de todos sus hechos, y, colocadas en medio de bienes celestiales y gozando de innumerables y agradables bienes, darán gracias a Dios, al que tendrán delante, por haber aniquilado todo mal y por haberlas levantado para el reino y la vida eternos.

2 De esta resurrección también los filósofos intentaron decir algo, con los mismos errores que los poetas. Efectivamente, Pitágoras dijo que las almas pasaban a nuevos

cuerpos, pero se equivocó, ya que dijo que pasan de hombres a animales, de animales a hombres, y que él mismo había sido antes Euforbo. De mejor forma lo dijo Crisipo, en quien, según Cicerón, se asienta el pórtico de los estoicos⁸⁴; éste, al hablar de la renovación del mundo en los libros que escribió sobre la providencia, dijo esto: «Siendo esto así, está claro que nada es imposible y que nosotros mismos, después de haber muerto, volveremos después de un período de tiempo al mismo estado en que ahora estamos»⁸⁵.

Pero pasemos de los testimonios humanos a los divinos. La Sibila dice esto: «Los hombres, en su totalidad, difícilmente creen en esto; pero cuando llegue el juicio del mundo y de los hombres, juicio que el propio Dios hará juzgando a los malos juntamente con los buenos, entonces por fin arrojará a los impíos al fuego y a las tinieblas; pero los buenos vivirán de nuevo en la tierra, dándoles Dios el espíritu, la honra y la vida»⁸⁶.

Y si no sólo los profetas, sino también los adivinos, los poetas y los filósofos están de acuerdo en que habrá una resurrección de los muertos, que nadie nos pregunte cómo puede suceder esto. Y es que no se puede dar razón de las obras divinas. Pero si es cierto que Dios hizo al hombre al principio, de no sé qué forma inenarrable, debemos creer que el mismo que hizo un hombre nuevo podrá recuperar al viejo.

*Tras el juicio
final, los buenos
todavía vivirán
mil años
en cuerpo carnal
en medio de una
gran felicidad*

Ahora añadiré lo restante. Vendrá, pues, el hijo de Dios sumo y máximo, para juzgar a vivos y muertos, según testimonio de la Sibila que dice: «En toda la tierra habrá entonces confusión entre los mortales, cuando el todopoderoso venga al tribunal a juzgar a las almas de los vivos y de los muertos y a todo el mundo»⁸⁷. Pero cuando él haya destruido la injusticia, haya celebrado el juicio final, y haya restaurado en la vida a los que fueron justos desde el principio, se quedará mil años entre los hombres y los regirá con justísimo imperio. Esto lo anuncia otra Sibila en un momento de trance y vaticinio: «Escuchadme, mortales, el rey gobierna durante un siglo». Entonces, los que estén vivos en sus cuerpos, no morirán, sino que durante esos mismos mil años engendrarán una multitud infinita y su descendencia será santa y querida por Dios; en cuanto a los que surjan del más allá, irán delante de los vivos, como si fueran jueces. Y los gentiles no serán totalmente eliminados, sino que quedarán algunos para victoria de Dios, para que los justos obtengan el triunfo sobre ellos y estén sometidos a esclavitud perpetua. En la misma época, también el príncipe de los demonios, que es el maquinador de todos los males, será atado a cadenas y permanecerá en prisión durante los mil años que dure el reinado celestial, a lo largo del cual imperará la justicia en el mundo, para que no trame ningún mal contra el pueblo de Dios. Tras la llegada de éste, se reunirán los justos de toda la tierra y, una vez celebrado el juicio, se constituirá la ciudad santa en mitad de la tierra, ciudad en la que morará su propio fundador, Dios, juntamente con sus

dueños, los justos. La Sibila cita esta ciudad cuando dice: «La ciudad que Dios deseó fue construida por él más brillante que los astros, que el sol y que la luna»⁸⁸. Entonces serán apartadas del mundo las tinieblas que cubrían y tapaban el cielo, la luna tendrá la claridad del sol, y el sol será siete veces más brillante de lo que es ahora. La tierra dará muestras de su fecundidad y producirá espontáneamente fertilísimos frutos; las rocas de los montes rezumarán miel, por los arroyos correrá el vino y los ríos inundarán con leche; el propio mundo, por fin, gozará; toda la naturaleza se alegrará al ser arrebatada y librada del dominio del mal, de la impiedad, del crimen y del error. Las bestias no se alimentarán de sangre en este tiempo, ni las aves de sus presas, sino que todo estará tranquilo y plácido. Los leones y los terneros estarán juntos en los mismos pesebres, los lobos no raptarán ovejas, los perros no cazarán, los gavilanes y águilas no dañarán, los niños jugarán con las serpientes. Sucederá, en fin, lo que los poetas dijeron que sucedió en los tiempos dorados durante el reinado de Saturno. Su error tiene origen en el hecho de que los profetas hablan y anuncian el futuro como algo que casi ha sucedido; y es que era el espíritu divino el que presentaba a sus ojos las visiones y lo veían todo realmente como si estuviera haciéndose y realizándose. Y al extender la fama poco a poco sus profecías, dado que los extraños al misterio no sabían qué sentido tenía lo que se decía, creyeron que todo eso había sucedido ya en siglos anteriores, cuando en realidad eran cosas que no podían suceder ni realizarse mientras reinase el hombre. Pero, una vez que, aniquiladas las religiones impías y reprimido el crimen, la tierra esté sometida a Dios, «el viajero renunciará

por sí mismo al mar y el pino marino no intercambiará mercancías: la tierra lo producirá todo; la tierra no soportará los rastrillos, ni la cepa la podadera; el recio labrador soltará también el yugo a sus bueyes»⁸⁹; entonces también «los campos amarillearán poco a poco con sus blandas espigas, rojas uvas colgarán de las vides salvajes y las duras encinas rezumarán húmeda miel»⁹⁰. «La lana no aprenderá a disimular distintos colores, sino que el propio carnero en los prados tomará en su lana unas veces el color delicadamente rojo de la púrpura y otras el amarillo del azafrán, y el escarlata teñirá espontáneamente a los corderos mientras pacen»⁹¹. «Las propias cabras volverán al redil con sus ubres hinchadas de leche y los rebaños no temerán a los grandes leones»⁹². Estas cosas las escribió el poeta siguiendo los versos de la Sibila de Cumas. La de Eritrea, por su parte, dice esto: «Los lobos y los corderos comerán juntos en los montes y los leopardos pastarán junto con los cabritos y los osos con los corderos y todos los animales; el carnívoro león comerá paja en el establo; y los dragones dormirán con las pequeñas serpientes»⁹³. Y en otro lugar, al hablar de la fertilidad de la naturaleza, dice: «Y entonces Dios dará a los hombres una gran fertilidad; efectivamente, la tierra, los árboles y los innumerables seres de la tierra darán a los hombres el verdadero fruto del vino, de la dulce miel, de la blanca leche y del trigo; todo ello será para los hombres la mejor felicidad»⁹⁴. Y otra Sibila dice igualmente: «La

sagrada tierra, sólo de los bienaventurados, producirá todo esto, líquido de rocas y fuentes que rezuman miel, y leche de ambrosia manará para todos los justos»⁹⁵.

Vivirán, pues, los hombres una vida pacífica y en la abundancia y reinarán juntamente con Dios; vendrán reyes de los pueblos desde los confines de la tierra con dones y regalos, para adorar y honrar al gran rey, cuyo nombre será famoso y venerable entre todas las naciones que haya bajo el cielo y entre todos los reyes que gobiernen sobre la tierra.

*El final
del mundo
coincidirá
con el final
de Roma*

Esto es lo que los profetas anuncian que va a suceder: sus testimonios y palabras no he considerado oportuno aducirlos, puesto que ello sería larguísimo y no habría libro que pudiera recoger tan gran cantidad de testimonios, ya que son muchos los que dicen las mismas cosas inspirados por un solo espíritu; asimismo, tampoco los he aducido para no cansar a los lectores recogiendo todas sus colecciones y traducciones; pero al mismo tiempo, lo que he recogido lo he hecho para consolidar mi doctrina, basándome, no en fuentes nuestras, sino en fuentes ajenas, y demostrar que no sólo entre nosotros, sino también entre aquellos que nos persiguen, se encuentra recogida la verdad, verdad que no quieren reconocer. Pero, si alguien quiere conocer esto con exactitud, que beba en la propia fuente; allí encontrará cosas más extraordinarias que las que yo he recogido en estos libros.

Quizás alguien pregunte ahora cuándo ocurrirán estas cosas que he dicho. Ya he dicho más arriba que, una vez transcurridos seis mil años, tendrá lugar el cambio ci-

4 tado y se acercará el día último de ese final. Podemos
conocer las señales anunciadas por los profetas; anuncia-
ron, en efecto, las señales con que debemos esperar y tem-
5 er de un día para otro el final de los tiempos. En lo
que se refiere a cuánto tiempo tardará en completarse ese
final, lo dicen quienes escribieron sobre cronología, reco-
giendo de las Sagradas Escrituras y de los distintos libros
de Historias el número de años que pasarán desde el prin-
cipio del mundo; y aunque hay discrepancias y el número
total de años difiere un poco, las especulaciones no pare-
6 cen indicar que pasarán más de doscientos años. La propia
situación actual declara que la caída y final del mundo
ocurrirán en breve tiempo, salvo que Roma se mantenga,
en cuyo caso no parece que haya que temer nada de esto.
7 Pero cuando caiga esta capital del mundo y empiece a
llegar su decadencia, de la cual hablan las Sibilas, ¿quién
puede dudar de que ha llegado el final de la humanidad
8 y del mundo? Ella es la ciudad que todavía lo mantiene
todo, y debemos rogar y suplicar al Dios del cielo que,
si es posible aplazar las previsiones y decisiones, no venga
tan pronto como nosotros pensamos ese abominable tirano
que trama tan gran desastre y que destruirá esa luz, con
cuya desaparición caerá el propio mundo.

Vamos ahora a seguir hablando de lo que sucederá
después.

26

*El fin
del mundo*

Dijimos un poco más arriba ⁹⁷ que al
comienzo del reinado santo sucederá que
el príncipe de los demonios será venci-
do por Dios. Pero este mismo demonio,
cuando hayan pasado mil años de ese
reinado, es decir, siete mil desde el comienzo del mundo,

será soltado de nuevo, aparecerá libre de trabas y empuja-
rá a todos los pueblos que entonces estén bajo el dominio
de los justos a que declaren la guerra a la ciudad santa.
Y de todo el orbe de la tierra se reunirá un innumerable
ejército de pueblos que asediará y rodeará a la ciudad
santa. Entonces caerá por último la ira de Dios sobre los 2
pueblos y los derrotará totalmente. En primer lugar, sacu-
dirá a la tierra con gran fuerza; como consecuencia de su
movimiento se rajarán los montes de Siria; bajo los valles
se abrirán precipicios y caerán los muros de todas las ciu-
dades. Dios parará el sol durante tres días para que no
se ponga y lo inflamará, y llegará un calor agobiante y
un fuego enorme sobre los pueblos traidores e impíos, y
lluvia de azufre, y granizos como piedras, y gotas de fue-
go; y su aliento se licuará en el calor, y sus cuerpos serán
aporreados por el granizo y ellos mismos se atacarán entre
sí con las armas: los montes se llenarán de cadáveres y
los campos se cubrirán de huesos. El pueblo de Dios se 3
ocultará durante esos tres días en cuevas bajo la tierra,
hasta que acabe la ira de Dios contra los gentiles y acabe
el juicio final. Entonces saldrán los justos de sus refugios 4
y lo encontrarán todo cubierto de cadáveres y huesos. To-
da la raza de los impíos perecerá y no habrá ya en el mun-
do otra nación que el pueblo de Dios. Después, durante
siete años seguidos las selvas estarán intactas y no se corta-
rá leña en los montes, sino que las armas de los pueblos
serán quemadas y no habrá ya guerra, sino paz y tranquili-
dad eternas. Y cuando se hayan completado los mil años, 5
será restaurado el mundo por Dios, el cielo se plegará y la
Tierra será cambiada. Y Dios convertirá a los hombres en
ángeles, y los hombres serán blancos como la nieve, esta-
rán siempre en presencia del omnipotente, harán sacrifi-
cios a su Dios y le servirán eternamente. En este mismo 6

tiempo tendrá lugar la segunda y común resurrección de todos, en la que los malos resucitarán para sufrir tormentos eternos: ellos son los que adoraron estatuas hechas por mano de hombre, los que ignoraron o renegaron del señor del mundo y padre suyo. También su jefe será apresado y condenado a la pena juntamente con sus ministros; y con él, toda la turba de impíos será por sus crímenes quemada para siempre en el fuego eterno en presencia de los ángeles y de los justos. Ésta es la doctrina de los santos profetas que seguimos los cristianos; ésta es nuestra sabiduría, de la que se burlan, como si fuera necia y vana, aquellos que adoran lo frágil y protegen la vana filosofía, y lo hacen porque nosotros no solemos defender y afirmar en público nuestra sabiduría, ya que Dios nos ha ordenado que, tranquilos y en silencio, mantengamos en nuestro interior y dentro de nuestra conciencia el secreto de la misma y que no nos enfrentemos en disputas pertinaces con estos profanos de la verdad que critican inclementemente a Dios y a su religión, no con afán de aprender, sino para refutar y burlarse. Conviene, pues, tener guardado y protegido nuestro secreto con la mayor fidelidad posible, y nos conviene sobre todo a nosotros, que llevamos el nombre de fieles. Pero ellos consideran este silencio nuestro como mala conciencia; de ahí que incluso se inventen algunas execrables opiniones sobre los púdicos e inocentes y que crean de buen grado en eso que se inventaron.

27 Una vez que, terminados los siete libros de la obra que proyecté, he llegado al final, queda exhortar a todos a que
Peroración acepten la sabiduría que está en la verdadera religión, cuyo sentido y valor consiste en esto: en que, despreciando lo terrenal y rechazando los errores a los que antes estábamos

atados mientras servíamos a lo terrenal y deseábamos lo terrenal, nos dirijamos a los premios eternos del tesoro celestial; y para poder conseguir estos premios, debemos prescindir cuanto antes de los atractivos placeres de esta vida presente que debilitan las almas de los hombres con perniciosa zalamería. Debemos considerar como una gran felicidad el hecho de ser arrancados de estos desastres terrenales y marchar hacia el justísimo juez y padre indulgentísimo que nos da descanso por trabajo, vida por muerte, claridad por tinieblas, bienes eternos y celestiales por bienes terrenales y breves; las durezas y miserias que hemos soportado en este mundo al hacer obras de justicia no pueden compararse ni igualarse de ninguna forma con estos dones. Por ello, si queremos ser sabios, si queremos ser felices, debemos pensar y tener presente no sólo lo que dijo Terencio —que «tenemos que ser triturados hasta ser masa en la panadería, que tenemos que ser apaleados y que tenemos que sufrir trabas»⁹⁸—, sino cosas mucho más atroces: tenemos que sufrir cárcel, cadenas, tormentos, tenemos que soportar dolores, tenemos que aceptar por fin la propia muerte, ya que somos claramente conscientes de que no existirá este frágil placer sin castigo y de que no habrá virtud sin premio divino. Deben, pues, todos esforzarse, ya para dirigirse en primer lugar y lo antes posible al camino recto, ya para merecer tener un Dios consolador tras haber aceptado obrar virtuosamente y haber soportado con paciencia los trabajos de esta vida. Y es que nuestro padre y señor, que hizo y consolidó el cielo, que puso en él el sol con todas las estrellas, que valló la tierra con montes, la rodeó de mares y la delineó con ríos equilibrándola en su magnitud, y que creó e hizo de la nada todo lo que

hay en el mundo, al ver los pecados de los hombres, nos envió un guía que nos abriera el camino de la justicia.

6 Sigamos todos a éste, oigámosle, obedezcámosle con devoción, ya que él solo, como dice Lucrecio, «limpió con verdaderas palabras los corazones de los hombres, puso fin al deseo y al miedo, expuso la naturaleza del sumo bien, al que tendemos todos, y nos mostró el camino por el que, a través de un pequeño sendero, podemos llegar directamente a él»⁹⁹. Y no sólo lo mostró, sino que incluso fue

7 delante, para que nadie tuviera miedo del camino de la

8 virtud por culpa de su dificultad. Abandónese, si es posible, el camino de la perdición y del fraude, en el que, tapada por los atractivos del poder, se oculta la muerte. Y que cada uno, al caminar los años hacia la vejez, cuanto más cerca vea el día en que ha de emigrar de este mundo, piense en marchar puro, en llegar inocente ante la presencia del juez, y no como hacen algunos de mente ciega a los que el fallo de las fuerzas corporales aconseja en el último instante de su vida entregarse con ansia y ardor a la consecución de placeres. Que cada uno se libere de esta vorá-gine mientras puede y tiene facultades, y que se convierta con toda su mente a Dios, para esperar tranquilo el día en que Dios, dueño y señor del mundo, juzgue los hechos y pensamientos de todos. Que no sólo desprecie lo que en este mundo es normalmente apetecido, sino que huya de ello, y que considere a su alma más poderosa que estos bienes engañosos cuya posesión es incierta y caduca:

10 y es que esos bienes se nos escapan todos los días y desaparecen más rápidamente que llegaron, y, aún más, aunque podemos disfrutar de ellos hasta el último día, tendremos con toda seguridad que dejarlos para otros. Nada po-

demos llevarnos con nosotros, sino una vida llevada virtuosa e inocentemente. Ante Dios llegará como rico y

11 opulento aquel que posea continencia, misericordia, paciencia, caridad, fe. Ésta es nuestra herencia, que no puede sernos quitada ni transferida a otro. ¿Hay alguien que

12 quiera alcanzar y disponer de estos bienes? Que vengan los hambrientos: saciados del alimento eterno, desaparecerá para ellos por siempre el hambre; que vengan los sedientos: beberán a boca llena agua saludable de la fuente inagotable. Con esta comida y bebida de Dios los ciegos

13 verán, los sordos oirán, los mudos hablarán, los cojos andarán, los necios serán sabios, los enfermos sanarán y los muertos resucitarán. Y es que, a quien rechace con su vir-

14 tud la corrupción de esta tierra, a ése el sumo y veraz árbitro lo levantará hacia la vida y la luz perpetua. Que na-

15 die confíe en las riquezas, en los cargos, en el poder supremo: estas cosas no hacen a nadie inmortal. Efectivamente, quien renuncie a su obligación de hombre y, en la búsqueda de bienes presentes, se arrastre hacia la tierra, será castigado como desertor de su señor, de su jefe, y de su padre. Entreguémonos, pues, a la justicia, que es la única

16 compañera inseparable que nos lleva a Dios, y, «mientras tengan vida nuestros miembros»¹⁰⁰, militemos infatigablemente en la milicia de Dios, hagamos guardia y vigilemos, enfrentémonos al enemigo, del que sabemos que es fuerte, para que, venciendo nosotros y vencido el enemigo, consigamos triunfantes de nuestro señor el premio de la virtud que él prometió.